



QUINIENTAS FORMAS DE MORIR

YONNIER TORRES RODRÍGUEZ



QUINIENTAS FORMAS DE MORIR

YONNIER TORRES RODRÍGUEZ ©

Andrea Vergara G.
Andrés Pascuas Cano
Editores

Nueve Editores
Cuidado de textos
Diseño y maquetación

www.pexels.com
Foto de portada

Primera edición digital
de descarga libre, enero 2022

www.nueveeditores.com

Colección Indicios



Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos en la ley, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito del titular del *copyright*.

YONNIER TORRES RODRÍGUEZ

QUINIENTAS FORMAS
DE MORIR

NARRATIVA

COLECCIÓN INDICIOS



Índice

Aguas de marzo	5
La estrategia del ciempiés	16
Luz	24
Río cuesta abajo	29
El empuje de las olas	37
Vino de La Rioja	43
<i>Blog Top</i>	51
Estrategias para derribar un puente	56
Instantáneas	61
<i>Zapping</i>	67
A vuelta de correo	72
Quinientas formas de morir	86

AGUAS DE MARZO

—Estoy lista —dijo Claudia y creí que mi suerte comenzaría a cambiar.

Creí, por un momento, que la felicidad sería capaz de atravesar ese boquete inmenso por el cual se había escapado en una ruidosa tarde de marzo.

Afuera no dejaba de llover, el sonido de la lluvia sobre el techo me recordaba tantas escenas similares, en el cine, en la televisión, en las novelas de Murakami, en los poemas de Pizarnik y en los cuadros de Alejandro Asturiaga.

No existe un cuadro de Asturiaga en el que no esté lloviendo, o a punto de llover, o que al menos el cielo esté nublado, o la luz se haya vuelto tenue, como de tenue acostumbra a trocarse la luz cuando está a punto de llover.

Ella se alejó unos pasos hasta quedar de espaldas a la pared y comenzó a desvestirse. Primero los zapatos, luego las medias. Se sacó la blusa por encima de los hombros, se soltó el pelo, movió la cabeza de un lado al otro, y sonrió, como nunca antes la había visto sonreír.

—Hay algo que no te he mostrado —dijo mientras se sacaba el pantalón—. Ven, puedes tocarlo —señaló el tatuaje de un mapache que traía dibujado en el vientre—, este es mi animal preferido.

Me pareció muy raro que el animal preferido de una chica fuera el mapache. A la mayoría de las muchachas les gustan los gatos, los caballos, las mariposas, los unicornios, los ciervos, los tigres, sobre todo si son tigres de bengala, las golondrinas, las gaviotas, los peces de colores o las tortugas.

¿Qué podría tener de especial, qué podría ser atractivo en un mapache?

Mientras le acariciaba el vientre traté de recordar todo lo que sabía sobre los mapaches y me descubrí, en ese tema, un completo ignorante.

—Los mapaches son animales nocturnos que se alimentan fundamentalmente de carne —dijo Claudia—, viven sobre los árboles. Su piel es de color gris, tienen manchas en el hocico, anillos claros y oscuros en la cola. Lavan sus alimentos antes de comerlos y son capaces de pararse en dos patas para mendigar tras las jaulas de un zoológico. El mapache —concluyó— es un animal peligroso.

—Yo también traigo un tatuaje —le dije.

Me saqué la camisa y me viré de espaldas.

—Es El Principito —dijo ella—, es precioso. Tiene el pelo rubio, los ojos verdes —y le dio un beso en los labios o, al menos, eso me contó luego.

Cuando terminamos de hacer el amor dejó de llover. Mi chica había cerrado los ojos por un momento. Se veía feliz. Quise pararme, ir al baño, abrir las ventanas, ventilar la habitación, o preparar algo de comer. El sexo siempre me provoca un hambre voraz; pero ella me retuvo, pidió que me quedara otro rato en la cama.

—Miremos al techo.

Me pareció raro y aburrido que una chica pidiera que miráramos al techo. Más aún cuando en mi habitación hay muchas cosas interesantes para mirar.

La mayoría de las muchachas mirarían los títulos en el librero, los cuadros en la pared, mis diplomas

enmarcados, mi colección de búhos, encenderían el televisor, cambiarían la música en el estéreo, o por lo menos jugarían a encender y apagar la lamparita de noche.

¿Qué podría tener de especial, qué podría tener de atractivo mirar hacia el techo?

Quizás deba decir que mi habitación es de puntal alto. El techo es de viga y loza, está pintado de blanco y al centro tiene dos lámparas de luz fría, sin adornos ni arabescos. Dos lámparas perfectas para leer.

—El techo alto me provoca una sensación de libertad —dijo Claudia.

—Imagino que sea una cuestión de perspectiva. A mí me causa una sensación de desamparo.

—Todo en esta vida es cuestión de perspectiva —afirmó ella, y durante un cuarto de hora hablamos de las sensaciones o sentimientos que pueden provocar los diseños arquitectónicos, el sistema de alumbrado público, la distribución de las esculturas por los parques de la ciudad y otro sinnúmero de objetos inanimados.

A esas alturas no debe resultar raro que a mi chica le guste hablar de tales temas después de hacer el amor.

La mayoría de las muchachas después de hacer el amor hablan precisamente de eso, de hacer el amor, preguntan con cuántas has estado, cuál es la posición que más te gusta, o cuál es el sitio más insólito en el que has tenido sexo. Comparten experiencias, anécdotas, ilusiones y desenfrenos. Otras hablan de viajar, irse de esta isla, vivir en Marruecos, Antofagasta, Nueva York o San Juan de Puerto Rico; y otras proponen paladares, bares, restaurantes o sitios para bailar.

Cuando yo les digo que he visitado Marruecos, Antofagasta, Nueva York y San Juan de Puerto Rico, me piden que muestre las fotos y, de modo general, después de cuatro docenas de fotos, volvemos a hacer el amor.

Claudia y yo tuvimos una segunda ronda de sexo, un poco más intensa que la primera. Después del orgasmo comenzó a llover otra vez, y le dije, resuelto, que iría hasta la cocina a preparar algo de comer.

—¿Te gustan las hamburguesas? —le pregunté.

—Me encantan.

—¿Con jamón, queso y pepino?

—Exacto. Con jamón, queso y finas rodajas de pepino —dijo Claudia y sonrió por segunda vez en la tarde, como nunca antes la había visto sonreír.

Mientras ponía la carne en el sartén mi chica retiró el disco de Ella Fitzgerald que nos había acompañado durante los últimos cuarenta y cinco minutos y colocó uno de Miles Davis. Caminó desnuda hacia la cocina y me preguntó si me gustaba acostarme con chicas que tuvieran diez años menos que yo.

Le dije que, en cierto sentido, me daba temor, no en el asunto del sexo, sino en todo lo que conlleva una relación amorosa. A las chicas de veinte años les gusta salir a bailar, reírse de todo o de casi todo, ver los *shows* de participación y las telenovelas, comprar ropa, zapatos, y abrazar a sus amigos sin una gota de pudor.

Por suerte Claudia, a sus veinte años, era muy diferente a las muchachas de su edad. Me dijo que sabía bailar, pero le daba vergüenza hacerlo en público, se tomaba en serio las cuestiones trascendentales de la vida (o al menos las cuestiones que una chica de veinte años suele catalogar como trascendentales), de la televisión solo veía los reportajes del Discovery Channel, no soportaba salir de compras y a los amigos los trataba con la distancia que cada cual merecía.

Coloqué platos y copas sobre la mesa. Saqué de la alacena una botella de vino. Serví para los dos y brindamos por algo que de momento no logro recordar, algo relacionado con la felicidad, el sexo o el amor.

Ella quiso saber de mis trucos. Le confesé que todas las fotos, ya sean de Marruecos, Antofagasta, Nueva York o San Juan de Puerto Rico, eran falsas, montajes muy básicos frente a las construcciones más importantes de cada país.

—Nada le gusta más a una chica de veinte años, que acostarse con un hombre que ha viajado a tantos lugares —le dije.

—Es sospechoso que la habitación de un tipo que ha viajado a tantos lugares no tenga adornos folclóricos, postales de Nueva York, banderitas de Puerto Rico o figuras de madera de Antofagasta, o al menos una botella de salsa curry, todo el que viaja a Marruecos trae en su equipaje una botella de salsa curry. Es más —dijo luego—, es sospechoso que un tipo que haya viajado tanto permanezca aún en la Isla, y no se haya quedado en uno de esos lugares de ensueño.

Lo pensé durante un rato y le dije que tenía razón, aunque existen muchos motivos por los cuales volver. Le puse un par de ejemplos, pero ella no se daba por vencida. Quiso saber de mis relaciones anteriores, de esa mujer que me destrozó el corazón una tarde lluviosa de marzo, esa manía de convertir los cuentos en poemas o los poemas en cuentos, y la novela que pretendía escribir, esa novela con la cual me haría famoso.

—Creo que una novela no es suficiente para volverme famoso —le dije.

—Lo que tú necesitas —aseguró ella— es recuperar la energía vital.

—En cuanto termine la hamburguesa, verás cómo recupero toda mi energía.

—Hablo en serio —ripostó— la energía vital no está solo en ti, sino en otros que se te parecen.

Creí que comenzaría a hablar de las teorías filosóficas de Kant o algún tema semejante. Me atrincheré

tras la comida, serví un poco más de vino para los dos y me dispuse a aguantar una charla sobre la vida en sociedad y algún que otro golpe de teoría zen, pero ella divagó hacia la pintura y la obra de un tal Alejandro Asturiaga, un tipo que usaba la lluvia como elemento central de sus cuadros.

—Lo conozco —le dije—, el tipo es realmente bueno.

—Al principio no lo era —dijo Claudia— pintaba unos cuadros horrendos, solo adquirió fama y fortuna cuando recuperó su energía vital.

Yo no supe qué responder, no conocía el pasado de Asturiaga, por lo general cuando un artista se vuelve importante y su obra adquiere determinada notoriedad, acostumbra a enterrar sus primeros trabajos y barniza los inicios con una fuerte dosis de sacrificios, renunciadas y entrega.

—¿Y cómo es que se pierde esa energía? —le pregunté.

—Se disgrega al nacer, se divide en tres partes. Todos tenemos dos personas idénticas en algún lugar del mundo. Ellos conservan nuestra energía vital, o nosotros la suya. Solo se recupera haciendo que nuestro par idéntico desaparezca.

—¿Cómo?

—Matándolos. Murakami lo explica al detalle en una de sus novelas.

—¿En cuál novela? —le pregunté.

—Da igual, una vez que lees un libro de Murakami es como si los hubieras leído todos.

Quise decirle que no se podía confiar en una novela, sobre todo si la novela era de Murakami, pero ella hablaba de leyes cósmicas, fundamentos orientales y tonterías teosóficas de grueso calibre.

De repente se puso de pie, me tomó del brazo y dijo:
—Te lo puedo demostrar ahora mismo.

Su cuerpo desnudo, a la tenue luz del atardecer, lucía precioso. Las tonalidades rojizas que atravesaban la habitación se reflejaban en su piel. Parecía tan regia como un caballo de carreras.

—¿Nos vamos a la cama? —le sugerí.

—Ahora no. ¿Tienes conexión a internet? Te voy a demostrar que Murakami está en lo cierto.

—Eso no resulta trascendente —quise explicarle— ni siquiera significativo, es probable que Murakami esté en lo cierto, por lo general los japoneses están en lo cierto.

Pero ya sabemos que lo trascendente para mi chica, difiere mucho, de lo que suele ser importante para una muchacha común de veinte años.

Fuimos hasta la sala. Encendí la computadora. Claudia se sentó sobre la silla giratoria. El resplandor de la pantalla le iluminaba los senos y el vientre, el tatuaje de su mapache parecía cobrar vida, dar vueltas alrededor del ombligo y perderse a ratos entre los muslos. Mi chica pedía usuarios y contraseñas. Yo no hacía otra cosa que mirar su perfecto cuerpo desnudo.

—De acuerdo a lo que me cuentas, ¿Asturiaga mató a sus idénticos? —le pregunté.

—Por supuesto, en la Facultad no se habla de otra cosa, parece que los hombres eran marroquíes, el artista se fue a Marruecos siendo un pobre desconocido y regresa con doce piezas excepcionales.

Recordé los cuadros y la lluvia.

—Aún llueve —le dije.

Ella miró hacia afuera. Miramos hacia afuera. Luego regresó la vista a la computadora. Yo me clavé a sus senos perfectamente blancos.

—Mira esto —dijo cuando finalmente se abrió la página de Facebook—, acá hay una aplicación que toma una foto de perfil y busca por todas las redes sociales otros dos rostros idénticos.

Claudia entró a mi muro, tomó la foto y la aplicación comenzó a escanear la red.

—Demora un poco —me dijo.

—Quizás nos ofrezca un margen de tiempo, ¿vamos a la cama?

—No demora tanto —rectificó ella— unos tres o cuatro minutos, quizás.

La aplicación comenzó a parpadear lanzando destellos azules que se reflejaban en el rostro de mi chica en el que, de a poco, comenzaba a perfilarse una sonrisa de satisfacción. En ese momento tuve unos deseos enormes de besarla, pero ella no hacía otra cosa que mirar a la pantalla. Le acaricié los hombros, la espalda, las mejillas. Ella cortó el recorrido de mis dedos. Me dijo:

—Acá está. Los hemos encontrado.

Claudia tenía razón. Facebook mostraba los rostros de dos tipos que eran idénticos a mí. Incluso las fotos eran semejantes. Los tres aparecíamos con un sombrero blanco, de fondo había una playa, arena blanca, sol y a lo lejos, muy a lo lejos, la delgada línea del horizonte, donde cielo y mar se confunden en una sola franja.

Uno se llamaba Eduardo, vivía en Colombia y era mecánico automotriz. El otro se llamaba Tony, vivía en Venezuela y recién había salido de la cárcel. Llevaba dos meses en libertad y trabajaba como pintor de brocha gorda para una empresa constructora con sede oficial en la zona norte de Caracas.

—Hay algo que no entiendo —dijo mi chica mientras me cedía espacio frente al monitor, yo rozaba con mi mejilla la suya y sentía todo el calor que desprendía su piel—, escribir una novela es sobre todo un acto intelectual, la energía vital va solo hacia la mente, si tus pares fueran catedráticos, científicos, politólogos, empresarios, periodistas, tu energía estaría consumida y no podrías colocar una línea de ese proyecto que traes

entre manos; pero tus pares son, o parecen ser, dos mequetrefes.

Quise decirle que no tendrían por qué ser necesariamente dos mequetrefes: el tipo que arregla los equipos electrodomésticos, en los bajos de mi edificio, es especialista en los viajes de Marco Polo, Cristóbal Colón y Hernán Cortés; el bodeguero de mi barrio conoce las capitales de todos los países del mundo; y mi hermano, el taxista, hizo una maestría en la cultura otomana.

Quise decirle que la mayor parte de las aplicaciones que aparecen en Facebook son trucos, malabares, luces de neón; que Murakami no es más que un aprovechado que se agarra de cualquier artilugio para armar tramas y subtramas en sus novelas de amor; pero Claudia parecía tan feliz que no quise cortarle las alas. Me apoyé un poco en el brazo derecho de la silla giratoria, coloqué mis manos sobre uno de sus muslos y le dije:

—¿Tengo que matar a esos dos tipos?

—No hace falta —respondió— lo que necesito es que mates a las hijas de puta con quienes comparto mi energía.

Reí un poco. Creí que bromeaba. Me acerqué más para darle un beso. Su rostro volvía a lucir tan regio como un caballo de carreras.

—¿Hablas en serio? —le pregunté.

—Por supuesto —dijo—, resulta imprescindible.

Y solo entonces creí que, en realidad, Claudia era mucho más que rara.

La mayoría de las muchachas piden cosas menos atrevidas, digamos que cargan con un poco de sentido común. A mis novias las he llevado al cine, a comer, a bailar, les he comprado vestidos, tarjetas de navidad, pasteles de chocolate y piezas de ropa interior. Hasta el momento ninguna me había preguntado si sería capaz de matar por ella.

—No entiendo —le dije—. ¿Para qué necesitas tanta energía? Hasta donde me has contado tú no posees grandes pretensiones.

—Yo no —dijo Claudia—, pero ellas sí.

Corrió la aplicación sobre su rostro de perfil. Al rato aparecieron dos chicas idénticas a mi novia, con algunas ligeras diferencias. Una se llamaba Olivia, vivía en Argentina, llevaba el pelo corto y era actriz. Había interpretado papeles secundarios en varias telenovelas y en dos películas en las que actuó junto a Gael García Bernal y a Darío Grandinetti. En el primer filme hacía de estudiante universitaria y en el otro de paciente de un psiquiátrico. Ambos estaban dirigidos por el actor Gastón Pauls quien, supuse, fue amante de la tal Olivia. La otra chica idéntica a mi novia se llamaba Laura, llevaba el pelo pintado de rubio, era mexicana y trabajaba como reportera en una cadena de noticias. De acuerdo a la información de su perfil, soñaba con ganarse un premio internacional, saltar a canales más importantes, alquilarse un piso en Nueva York, Los Ángeles o Las Vegas.

Cuando vi a Claudia tres veces repetida creí que Facebook no desvariaba y que Murakami, sin dudas, llevaba razón.

—Necesito un trago —dije.

—Yo también —dijo ella y me apretó levemente las manos.

Fui hasta la cocina y regresé con dos copas de vino. Le extendí una y me tomé la otra de un tirón. Claudia me miraba con una mezcla de ternura y tristeza, o al menos eso me pareció. Me fui colocando de a poco, como el hijo de Pedro Páramo, en plan de prometerlo todo, o casi todo, con tal de ver a mi novia feliz.

—Desde que leí la novela de Murakami y descubrí la aplicación —dijo ella—, sueño que las hijas de puta entran a mi cuarto y mientras estoy dormida me clavan

un puñal en el vientre. En el sueño el mapache logra escapar a tiempo, salta al patio por la ventana, pero yo me desangro y mi energía se eleva, como supongo que se debe elevar el alma. Las hijas de puta se la tragan y, fortalecidas, abandonan el apartamento.

Claudia se puso de pie y me tomó las manos. Había anochecido por completo. La luz de la luna, su vaho caliente, se colaba por los resquicios de las persianas y dibujaba manchas sobre su perfecto cuerpo desnudo.

—Tracemos un plan —le dije.

Afuera aún llovía. Ella rodeó con sus brazos los cabellos rubios de El Principito, por tercera vez en la noche sonrió como nunca antes la había visto sonreír y solo entonces, dispuesta a una tercera ronda de sexo, nos fuimos a la cama. Tras el orgasmo y desde las sábanas revueltas, pude ver cómo se habría un boquete inmenso en la pared, un boquete por donde podría escaparse nuevamente toda la felicidad.

LA ESTRATEGIA DEL CIEMPIÉS

Comenzaba a caer la tarde. Desde la calle un viento frío levantaba pequeñas cortinas de polvo.

El hombre se llevó las manos a los bolsillos del chaleco y se recostó un poco más en la pared. Su mujer tardaba en el baño. Solo había entrado a orinar y a lavarle la cara al niño, que se le había ensuciado con la última barra de chocolate.

El hombre tocó a la puerta:

—¿Te falta mucho, Claudia?

—Ya voy a salir —respondió la mujer—, solo espera un momento. Es que a Fabián le han entrado ganas.

El hombre caminó hasta la acera y miró a ambos lados. La calle estaba desierta. Un auto se detuvo frente a la gasolinera. Los tonos rojizos del atardecer se reflejaban en el asfalto y ocupaban la parte baja de los dispensadores de combustible. El hombre se acercó al conductor y le preguntó si conocía de algún motel cerca, un sitio barato y decente donde pudiera pasar la noche. El conductor le dijo que el «Tropical Light» había sido remodelado, no estaba mal y quedaba a solo tres cuadras.

—En la próxima entrada doblas a la derecha. Encontrarás las luces de neón.

El hombre le dio las gracias. Se apartó del auto.

Su mujer había salido del baño.

Caminaron despacio. En toda la cuadra solo se oía el sonido de los zapatos de Claudia y el lagrimeo del niño, exigiendo que lo cargaran, diciendo que tenía hambre y que le dolían mucho los pies. En el motel quedaban varias habitaciones libres. La encargada pidió los pasaportes. El hombre puso los tres documentos sobre la barra de madera. La señora ingresó en el registro los nombres y los números de identidad.

—¿Son cubanos? —les preguntó antes de entregarles la llave.

—Sí —respondió el hombre.

—¿Cuántas noches van a estar?

—Solo hoy, saldremos al amanecer.

—¿Quieren que les reserve un taxi?

—No. Tenemos pasajes hasta Guarapas.

—La estación queda cerca —advirtió la encargada.

—Cerca —repitió el hombre y con un gesto le dio a entender que subirían a la habitación.

Desde las ventanas de cristal se podían ver algunas luces a lo lejos, en lo que debían ser las montañas; luces como de fogatas, luces de gente que pernocta, luces de quienes intentan cruzar la frontera. Claudia sacó el dinero del bolso y lo distribuyó en pequeños montoncitos sobre la cama. Con el dedo índice los iba bautizando: este para Costa Rica, este para México, este para Miami.

La pareja lo había vendido todo: la casa, los muebles, el auto, la computadora, incluso la colección de discos y el tren eléctrico de Fabián. Desde La Habana solo habían salido con una maleta de ropa, un bulto de dinero, un libro de Jack London y un dinosaurio de peluche, un Tiranosaurio rex, que cuidaba cada noche el sueño de Fabián.

La mujer separó algunos billetes y dijo que debían encontrar algo de comer. El hombre bajó hasta la cafetería

y regresó con dos paquetes de galletas saladas, una lata de carne en conserva, un litro de leche fluida y dos botellas de agua.

—Con esto debe ser suficiente —dijo y encendió el televisor.

Desde un canal de noticias, una joven reportera hablaba de la proximidad de las navidades y las tradiciones que poseían distintas zonas de Centroamérica para celebrar los días festivos. Claudia recordó las fiestas en casa de su madre cada treinta y uno de diciembre. Fabián se quedó dormido después de tomarse medio litro de leche. El hombre cambió de canal. Mientras en el Discovery Channel un cocodrilo despedazaba a un ciervo, la tristeza, como un manto húmedo, se tendía de a poco sobre la habitación.

Claudia despertó varias veces en la noche para ir al baño. Sus sospechas de estar embarazada eran cada vez más fuertes. Al principio creyó que los mareos y la fatiga eran producto del hambre, de la sed o del estrés del viaje; pero ese tanto orinar y el retraso apuntaban a otra dirección. Se paró junto a la ventana, miró las luces centelleantes de la montaña y creyó que quizás la estrategia de cruzar la frontera a través del río no era la más segura. Su esposo había seleccionado la vía. Le habían dicho en La Habana que la zona norte de Colombia ofrecía mayor confianza, un montón de gente había transitado sin contratiempos por las profundas aguas, sin temor a los rápidos, los surgideros, los rumores, o las desembocaduras.

El hombre se dio un baño largo antes de que las luces del amanecer cubrieran el suelo de la habitación. Solo entonces pudo ver con claridad el paisaje, el pequeño valle que rodeaba las montañas y los grandes árboles que simulaban ser guardianes, o estandartes, las enormes secuoyas que adornaban el horizonte.

Claudia vistió al niño, guardó la ropa en la maleta y anunció que ya estaba lista.

El ómnibus haría un recorrido de ochenta kilómetros hasta llegar a la estación de Guarapas. Desde allí tomarían un ferry que conecta varias aldeas a orillas del río. Bajarían en Magüey y comprarían pasaje en una embarcación que los cruzara al otro lado.

Fabián ocupó un asiento junto a la ventanilla y quiso mostrarle algunos portentos a su dinosaurio de peluche, pero afuera el paisaje se repetía idéntico o casi idéntico, no había vacas, caballos o chivos, eran terrenos planos, áridos y desiertos. El ómnibus dejaba tras de sí una enorme nube de polvo.

El conductor sintonizó una emisora de radio. El hombre tomó el libro de Jack London, quiso concentrarse en la historia, pero la trama se le escapaba entre los bandazos, la incertidumbre y el temor. Claudia interrumpió la conversación que sostenían dos señoras para preguntarles si conocían algún lugar donde se pudiera almorzar en el poblado de Guarapas. Las mujeres tardaron unos segundos en ponerse de acuerdo. Luego le dijeron que muy cerca de la estación había un puesto de ventas donde ofrecían platos confeccionados a base de maíz: tortillas, panes, dulces y bebidas de maíz fermentado. Ella les dio las gracias y pensó que sin dudas debería buscar otro lugar, si algo no soportaba era el sabor del maíz. El hombre le confesó que tenía unos deseos enormes de comerse una hamburguesa y no quería esperar a hacerlo en Miami.

—En todas partes venden hamburguesas, papas fritas, coca-colas. Alguna cafetería debe haber en la estación.

El niño se había quedado dormido. Su dinosaurio aún miraba por la ventana y el viaje en ómnibus transcurría lento, muy lento.

La familia llegó a Guarapas cerca del mediodía. Lo primero que hicieron fue reservar boletos en la estación. La salida del ferry estaba programada para las cuatro de la tarde. Caminaron algunas cuadras al interior del pueblo. Las casas eran parecidas, como si las hubiera construido una misma persona. Todas tenían techos de tejas, en la pared frontal una puerta de madera y unas persianas dobles, un estrecho pasillo de tierra separaba una casa de la otra. Fabián quiso saber el nombre de esos pájaros que se posaban en las alambradas de un terreno yerto, la cantidad de moscas que puede comer una rana, y cuántas horas faltaban para llegar a Miami y ver al tío Mario, a los primos y a la montaña rusa del parque de diversiones.

El hombre dijo que su hermano prepararía una fiesta enorme de bienvenida, que se quedarían unas semanas en su casa.

—Durante unos días compartirás la habitación con tus primos —le explicó al niño— hasta que tu mamá y yo encontremos trabajo. Ellos tienen un montón de juguetes...

—¿Tienen dinosaurios?

—Muchos dinosaurios —respondió el padre—. Te llevarán al parque de diversiones, a la playa y te ayudarán a aprender inglés.

—¿Para qué?

Y el hombre le preguntó a Fabián cómo era que se decía en inglés caballo, gato, perro, mochila y río. El niño sonreía con cada respuesta. Se veía feliz.

Claudia encontró un pequeño *restaurant* donde no servían platos a base de maíz.

Pidieron arroz con pollo, cerveza y pastel de chocolate. Antes de pagar la cuenta el hombre le pidió a la camarera que incluyera tres pizzas para llevar, era probable que la comida en el ferry fuera horrible.

El barco se desplazada sobre la superficie del río con la templanza de un paquidermo. Poseía dos niveles, el inferior era para el equipaje y el superior para los pasajeros. La mayoría de los viajeros eran mercaderes y, como traperos de la Edad Media, llevaban a las aldeas las maravillas de la civilización, desde camisas estampadas hasta ollas arroceras.

Durante la primera media hora del viaje, el hombre habló con un comerciante de perfumes que conocía muy bien la zona. El tipo le ofreció algunas indicaciones sobre el poblado de Magüey: sitios donde podría pernoctar, lugares donde podría comer y personas que lo podrían ayudar.

La noche cayó con lentitud y desgano. Claudia abrió las cajas, no supo si fue por los trastornos que causa el embarazo en el paladar, o por la ansiedad y el hambre que provoca un viaje definitivo; aquellas pizzas le parecieron las más sabrosas que había comido en su vida. Le dijo a su marido que el último pedazo debía ser para ella.

—Ahora tengo que comer por dos.

El hombre no supo de momento cómo reaccionar. Sonrió a medias, le preguntó si estaba segura, pero no pudo escuchar la respuesta: un viajero comenzó a gritar, al parecer había visto algo espantoso en el agua, algo así como una serpiente gigante, o un cocodrilo prehistórico o una madre de aguas; todos se asomaron a la superficie del río, pero no lograron ver bicho alguno.

—Quizás podamos completar la parejita —dijo la mujer.

Su esposo la besó y trataron de dormir bajo el cielo estrellado, al amparo de ese manto de tristeza que, imantado a la noche, no los abandonaba.

Con el amanecer llegaron al último de los poblados que conecta el ferry a orillas del río. Los mercaderes se desperdigaron por las calles de tierra pregonando sus

maravillas. Fabián aún tenía sueño y no quería poner un pie sobre el suelo. El hombre lo llevó cargado durante un rato, pero al cabo el niño se le hacía pesado y tuvieron que detenerse a la sombra de unas yagrumas muy parecidas a las que había visto Claudia en la Isla de Pinos, cuando fue a hacer sus prácticas como graduada de la escuela de instructores de arte.

La mujer abrió los brazos, cerró los ojos, se llenó los pulmones de la dulce fragancia, se hartó la mente de gratos recuerdos.

Pasaron la mayor parte del día en el puerto pesquero, a la espera de un coyote que les había prometido contactarlos al atardecer.

—La frontera debemos cruzarla de noche —les había advertido—, en silencio y al amparo de las sombras.

El tipo era dueño de una lancha pequeña con espacio para cinco personas. La embarcación, como la mayoría de las que dormitaban sobre la superficie del agua, tenía nombre de mujer y parecía haber sobrevivido a un terrible naufragio.

Claudia sufría un miedo atroz, había oído hablar de las fuertes corrientes, de la influencia que ejerce la luna en las mujeres embarazadas, del trauma que le puede provocar a un niño hacer aquel periplo, de un país a otro, de cuarto de motel en cuarto de motel, de frontera en frontera, de ilusión en ilusión.

El hombre la tomó del brazo, le dijo que no había de qué preocuparse y, con el niño cargado, subieron a la lancha.

La luz de algunas estrellas cobardes se reflejaba sobre la superficie del agua. El sonido tenue de la lancha martillaba la oscuridad. El coyote les dijo que no temieran, él tenía experiencia.

—Todas las semanas hago el mismo recorrido. Eso de que en el agua hay serpientes gigantes es cosa

de borrachos, de ignorantes, de gente que no tiene nada mejor que hacer.

El hombre abrazaba a Claudia, Claudia a Fabián, Fabián a su dinosaurio. El coyote retaba a la noche. El manto de tristeza encapotaba el cielo. La frontera se acercaba, y la lancha iba dejando en el agua un rastro breve, apenas perceptible.

Luz

1. Afuera. Afuera solo hay montañas de arena. Desde que comenzó la guerra afuera solo hay idénticas montañas de arena.

Antes podía ver el mar, un puente, la delgada línea del horizonte y, de vez en cuando, solo de vez en cuando, alguna gaviota que atravesaba el aire y se perdía en los contornos de mi ventana.

A los chicos parece no importarles, les da igual, siempre les ha dado igual, lo único que les ocupa es estar afuera, siempre afuera. Se suben a las montañas como antes se subían al puente, corren por el desierto como antes corrían por la orilla del mar e insisten en los movimientos obscenos frente a mi ventana, en esas vagas incitaciones a que suba con ellos, corra con ellos y me agencie ronchas redondas y rosadas en los codos, las rodillas, las manos, los muslos, los tobillos y la espalda. Ronchas redondas y rosadas contra la piel rugosa de una montaña de arena.

Me separo de la ventana y miro al suelo, a las frías baldosas del suelo. Mi madre camina hacia la cocina, revisa la alacena, los estantes vacíos, luego regresa al cuarto. Repaso mis brazos, mis piernas, aún me quedan las marcas y el dolor; el dolor que regresa de madrugada cuando respiro el viento seco.

Acá dentro estoy segura, acá dentro no me podrán hacer daño. He echado los pestillos, todos los pestillos. He claveteado puertas y he tapado las rendijas. Tengo la foto de la abuela, los dibujos en la pared, este rosario y esa mancha en el techo.

Mi madre me enseñó a rezar en cuanto oímos el ruido de los aviones, me enseñó a decir: «Padre Nuestro que estás en los cielos...» cuando llegue la noche estaré a salvo, «Santificado sea tu nombre... » cuando el cielo se tiña de violeta, «Venga a nosotros tu reino... » los chicos, si insisten en su manía de estar afuera, deberán morir.

2. A mis espaldas. A mis espaldas solo hay agujeros negros. Desde que comenzó la guerra a mis espaldas solo hay montones de agujeros negros.

Antes podía ver una mata de tamarindo, un columpio y una cerca de madera. Antes podía verlo todo, al menos todo lo que necesitaba ver.

A mis espaldas hay silencio, los agujeros callan para cazar, esperan con paciencia, con toda la paciencia del mundo a que algún animal se empeñe en la hierba de los bordes, resbale y caiga en una de esas bocas que no tienen fin.

He perdido las gallinas, los perros y algunos conejos blancos. El resto de los animales salieron corriendo la noche en que los chicos cruzaron el patio y entraron por la puerta trasera dando palos, golpeando el suelo con sus botas de reclutas, desordenándolo todo. La noche en que por primera vez se tiñó el cielo de violeta y fueron los gritos, los rezos, la angustia, las noticias por la radio, las ronchas redondas y rosadas, la vergüenza y la desolación.

Yo estaba en el cuarto haciendo sombras con la linterna. Mi padre había comprado pilas nuevas en la capital, bolsas de azúcar, tela de distintos colores y rollos de hilo, montones de rollos de hilo para que mi madre

no dejara nunca de coser mientras él saltaba de un tren a otro.

Desde que mató a aquel hombre en la cantina no ha hecho otra cosa que saltar de un tren a otro. Huir de los que reclutan para la guerra. No dejarse caer en un agujero negro. Viene un par de veces a la semana, siempre de madrugada, me pregunta qué quiero y yo le digo:

—Pilas, pilas para mi linterna.

La luz redonda sobre la pared me hace compañía y me obliga a mantener los ojos abiertos, los oídos tapados y a no pensar en ese violeta que cubre el cielo.

Es una suerte que mi padre no viva conmigo, que no escuche el ruido de las bombas, que venga solo dos veces por semana, que no se tape los oídos ni vea la luz del cielo, que no diga en voz baja: «Santificado sea tu nombre... »; de enterarse, de ver mis ronchas redondas y rosadas, podría matar a los chicos, clavarles la hoja de acero, una, dos, tres veces, como a los cerdos o a las cabras, como al tipo de la cantina y entonces, esta vez, no habría tren que lo salvara.

Voy hacia el baño, abro la llave del grifo y me echo agua en la cara. Me miro al espejo, tengo arena en el pelo, esa arena que se cuelga por los resquicios de las puertas aunque me cerciore una y otra vez de mantenerlas bien cerradas. Mi madre llama desde el cuarto, pide que ponga un litro de leche a hervir, le recuerdo que hace un mes no tenemos cabras, le recuerdo que hace un mes no tenemos leche y ella maldice en voz baja a los agujeros negros y a esa manía de tragar.

3. Las montañas de arena. Las montañas de arena apuntan hacia arriba, despliegan sus sombras sobre el suelo y lo ocupan todo, por mucho que me cuelgue de la ventana no puedo ver más allá. No puedo hacer resistencia, nunca he sido así de fuerte. Nunca. «¿Qué hacen aquí, a

qué viene tanto ruido, por qué no tocaron en la puerta del frente?»), pregunté y me dieron un puñetazo. El rojo sobre el blanco. Las botas contra el suelo y mi vestido azul en un rincón, hecho jirones, sollozando de modo incontenible.

En el patio nadie oía, el silencio de los agujeros se tragó todo el ruido, se tragó los gritos como si se tratara de una gallina, un perro o un conejo blanco.

«Padre Nuestro que estás en los cielos...». Mi madre estaba encerrada en su cuarto, «Santificado sea tu nombre...» con los oídos tapados y su empeño de tejer una sábana bien grande, «Venga a nosotros tu reino...» más grande que la propia cama, una sábana que pueda cubrir el patio, que pueda ocultarles la boca a los agujeros negros.

Miré el vestido azul en el suelo, su llanto era más intenso que el mío. Se fueron despacio, riendo y dándose palmadas como quien regresa de una fiesta, como quien cree que todo ha terminado.

Prendo la radio, en una emisora dan noticias sobre la guerra, dicen que son noticias alentadoras, pero no llego a oír para quién, muevo el dial de un lado al otro hasta que encuentro un tema de Edith Piaf, mi madre pide que lo deje ahí, dice que desde niña le ha gustado Edith Piaf, que en los actos públicos de la escuela siempre cantaba *La vie en rose*. Al rato cortan la transmisión y solo queda un sonido difuso, un vacío de muerte.

4. La vergüenza. La vergüenza es un perro que se echa a mis pies y se mantiene impasible, a ratos me mira con sus ojos de vidrio, a ratos no. Ya nadie toca a la puerta del frente, ya nadie vende jugo de tamarindo o pasteles o desinfectantes para el baño. Ya no se ven las sombras en el portal.

Las montañas de arena lo cubren todo y trato de espantar al perro con la luz de mi linterna; le ilumino el

hocico, la cola, las patas, pero es un perro valiente, valiente como la vergüenza de mi madre, ese tigre de bengala que no le quita los ojos de encima y solo se está quieto cuando ella teje su sábana, su sábana laberíntica e interminable.

Se reanudan las transmisiones. Ya no está la voz de Edith Piaf, un comentarista dice que la guerra está a punto de terminar y que nuestros hombres regresarán del frente. Imagino un tren lleno de soldados, con sus cascos, sus fusiles y su mirada triste, tan triste como solo la puede tener un soldado que regresa del frente.

Los chicos han dejado de hacer ruido pero sé que están ahí, a la sombra de las montañas, sé que intentarán cruzar el patio, bordear los agujeros, pero encontrarán una puerta cerrada, una ventana cerrada y media docena de pestillos.

—Tu padre vendrá esta noche —dice mi madre y extiende su sábana de diferentes colores.

Mi padre traerá pilas nuevas, bolsas de azúcar y rollos de hilo. Mi padre traerá una hoja de acero en la cintura y sé que estaré a salvo. Cubriré mis ronchas redondas y rosadas. Rezaré en voz baja: «Padre Nuestro que estás en los cielos...».

Mi madre pone una caldera en el fogón. Vierte agua y me pide que le ayude a pelar las papas. Tomo el cuchillo, le saco destellos al metal con la luz de la linterna.

Imagino a los chicos cruzando el patio, caminando despacio con sus zapatos de recluta, sus braguetas abiertas, sus ojos de vidrio. Imagino los agujeros en silencio, ocultos bajo una sábana de colores. Imagino los gritos, los gritos de los que caen por unas bocas sin fin.

Cierro los ojos, puedo ver unas pilas nuevas para mi linterna, a mi padre saltando desde el techo de un tren, y a un cielo que, quizás por última vez, se cubrirá todo de violeta.

RÍO CUESTA ABAJO

Día 1, jueves

Desperté casi a mediodía. Ya me comenzaba a doler la espalda. Caminé hasta el baño, y después de la meada más larga de mi vida, decidí romper el luto por la ruptura con mi esposa, firmar los malditos documentos del divorcio y cambiar el mensaje de la contestadora.

Me vestí de prisa y salí afuera. Quise hacer las cosas que comúnmente hacía cuando era soltero, pero mis amigos no estaban en el bar ni en la bolera ni en los bancos del parque.

Regresé a casa, estuve dando vueltas de la sala al cuarto y del cuarto a la sala, despojándome de todo aquello que pudiera traerme el recuerdo de mi esposa. De tal modo me deshice del video de la boda y la luna de miel en las costas de Marruecos, de los discos de Giorgio Di Stefano, las revistas de diseño de interiores, el cesto de mimbre para guardar las figuritas de porcelana y las cartas que nos enviamos cuando me fui seis meses a Roma y ella se quedó en Nueva York con sus padres, conoció al laboratorista de la empresa farmacéutica M & G y me puso cuernos hasta cansarse.

Seis meses después regresé de Roma con los papeles en orden y grandes deseos de ver a mi mujer. Habíamos

decidido encontrarnos en casa. Ella volaría hasta Cancún y de allí tomaría otro vuelo hasta Ciudad de México. Yo haría una absurda, pero necesaria escala en Panamá, allí le compraría una docena de piezas de ropa interior, todas sus amigas le habían comentado que las mejores piezas de ropa interior son las que se venden en las tiendas de lencería del aeropuerto de Panamá.

A mi equipaje le añadí dos paquetes de compras y al llegar a casa solo encontré un mensaje en la contestadora: la renuncia de mi esposa. Una renuncia calmada y tranquila, quizás demasiado tranquila. Una renuncia a los cinco años de matrimonio, a la creación de un futuro que comenzaba a empedrarse, dejando ver las manchas y las grietas que adornan el fin de una relación.

A punto de quemar todos los álbumes de fotos y borrar sus vínculos a mis espacios de internet, agarré un poco de calma. Me senté en el sofá, crucé las piernas, luego los brazos, tomé el mando a distancia e hice un poco de *zapping*; pero cada comentario del canal de noticias, cada parlamento de la telenovela, o cada sonrisa en los anuncios de televisión, me recordaban a mi exmujer y me ponían los nervios de punta.

Apagué el televisor. Cerré los ojos y estuve un cuarto de hora en la misma posición, hasta que comenzó a sonar el teléfono; al rato no pude hacer otra cosa que tomar la llamada.

Mi padre me contaba un poco de esto y aquello, decía que la reparación de la cabaña junto al río Lerma había quedado estupenda, que mamá siempre había querido regresar al sitio donde pasábamos los veranos, y que no existía mejor medicina para curar la soledad y la tristeza, que un fin de semana en la cabaña del río, en aquel sitio perdido de Guanajuato, donde me llevaban de niño, donde descubrí, a mis cortos doce años, en qué consistía la felicidad.

—¿Aún tienes aquel auto? —me preguntó.

—Ha dormido en el garaje durante seis meses.

—Pues prepáralo y vente. He invitado a tu hermano y a tu prima Claudia.

—No estoy de ánimos para conducir.

—Déjate de tonterías. Te espero mañana a la hora de la cena. En la cabaña tengo de todo.

Día 2, viernes

Conducir un descapotable me produce una sensación muy parecida a la calma. Por eso compré este auto en cuanto recibí el aumento.

Mi mujer se opuso al principio, dijo que debíamos ahorrar para cuando tuviéramos un niño, que si la cuna, el andador y el cuarto ambientado cual si fuera un barco pirata, el castillo de la Bella Durmiente, o el fondo marino; dijo que debía asegurar la casa, el viejo auto, mi propia vida.

Yo insistí durante un cuarto de hora, y terminó por darme la razón: manejar un descapotable es la mejor forma de acercarse a la felicidad.

Antes de emprender el viaje desconectamos los aparatos electrodomésticos, cerramos puertas y ventanas, y colocamos las maletas en el asiento trasero. Ella me dio un beso largo, dijo que había preparado bocadillos para el camino y que ese fin de semana, sobre todas las cosas, debía brindarle aliento a mi hermano; en eso de brindar aliento, nunca he sido realmente bueno.

—El pobre, debe estar muerto de tristeza. Una ruptura después de cinco años de matrimonio no resulta nada fácil —dijo mi esposa.

Me puse al volante, me coloqué las gafas y encendí el auto.

A medida que nos alejábamos de la avenida principal el tráfico iba disminuyendo. Busqué en la radio

una emisora donde dejaran de transmitir tantas noticias y pusieran un poco de música. Al rato hallé una estación de Guadalajara, la conductora anunciaba media hora de ritmos neozelandeses. Le dije a mi mujer que nunca en mi vida había escuchado música neozelandesa.

—Debe ser lo más aburrido del mundo —dijo ella, se viró de espaldas, estiró las manos hasta alcanzar una de las maletas y encontró un disco de los Rolling Stones—. ¿Recuerdas este disco? Fue el regalo de bodas de tu prima Claudia. —Lo colocó en la reproductora y aumentó un poco el volumen— ¿Tú no estabas enamorado de ella?

—Yo no —le dije—, era mi hermano. Desde que tenía doce años.

—Está invitada a la cabaña.

—Idea de mi padre —le dije—. Darle solución al asunto es mucho mejor que brindar aliento.

Al rato nos detuvimos frente a una gasolinera. Mi mujer propuso comprar algún regalo sencillo, como de sencillos suelen ser los regalos que se pueden comprar en una gasolinera. Compramos un llavero con la imagen de Betty Boop, una gorra de los Yankees de Nueva York, una Barbie Malibú para la hija de Claudia, una pulsera plateada y una botella de vino. Guardamos los presentes en el bolsillo exterior de una de las maletas. Mi esposa preguntó si tenía hambre y sin esperar respuesta sacó los bocadillos.

—Tengo dos de pavo, uno de cerdo y otro de pollo.

—Si algo me gusta....

—Es el bocadillo de cerdo —dijo ella y me extendió el pan envuelto en papel de aluminio.

El resto del viaje nos mantuvimos prácticamente en silencio. Mi esposa recostó la cabeza al asiento y se quedó dormida. Bajé un poco el volumen de la reproductora hasta que la voz de Mick Jagger fuera casi un susurro y me concentré en la carretera.

Día 3, sábado

Mi hija confesó que antes de irse a dormir había sentido un poco de miedo, a pesar de asegurarle que allí no había osos ni serpientes ni lobos ni mucho menos leones o tigres.

—Pero estaban los grillos, las ranas, las lechuzas, los caballos...

—Debiste haberlo soñado —le dije—. Quédate quieta, en cuanto termine de peinarte bajamos a desayunar.

La mesa estaba servida. El tío Jesús se había levantado bien temprano para hacer las empanadillas de queso, las tostadas con mayonesa, el jugo de mango, el guacamole, los bocadillos de jamón y los huevos revueltos con tocino.

Mi niña anunció en voz alta que si algo le gustaba eran las empanadillas de queso.

—Las empanadillas eran la especialidad de Martha —dijo el tío—. Solía ser muy estricta con respecto a la preparación, las porciones y los ingredientes secretos.

—Pues yo podría adivinar algunos de esos ingredientes —dijo la esposa de Julián mientras se acercaba a la mesa—. Cuando tenía quince años me inscribí en un curso de cocina, nos enseñaron a distinguir los sabores, las texturas —tomó una de las empanadillas y, después de masticala bien despacio, dijo—: Tiene un poquito de chile, queso blanco, canela y salsa de coco.

—La salsa no es de coco —dijo el tío— sino de tamarindo.

—La salsa de tamarindo es amarga.

—Martha conocía un método especial para «desamargarla».

Julián se acomodó junto a su esposa y le preguntó a mi niña si le había gustado la Barbie Malibú. Ella levantó la mano mostrándole la muñeca y dijo que la había traído para que desayunara.

—¿Qué le gusta a tu Barbie? —preguntó Julián.

—Las tostadas con mayonesa y el jugo de mango.

—¿No le gustan los huevos revueltos con tocino?

—Oh, no —dijo mi chica—. Isabela odia los huevos revueltos con tocino.

Joaquín fue el último en sentarse a la mesa. Traía cara de no haber dormido en toda la noche. Le untó guacamole a un par de tostadas y se sirvió medio vaso de jugo de mango.

—¿Has preparado café? —le preguntó al tío.

—Por supuesto. Tienes cara de no haber dormido bien.

—Esos grillos, esas ranas, esas lechuzas, no me dejaron descansar.

Mi hija me clavó una mirada de orgullo.

Después del desayuno nos fuimos todos al muelle. Le indiqué a mi niña que cuidara de no meterse en lo profundo. Julián y el tío Jesús se fueron a la parte baja y lanzaron sus anzuelos. Me senté al lado de Joaquín y hundí los pies en el agua.

—Supe lo de tu esposa —le dije.

—Prefiero no hablar de eso.

—Por supuesto. Háblame del viaje a Roma. Yo nunca he logrado salir de México.

Julián me habló con desgano y parsimonia de hoteles, catedrales y museos. Dijo que había firmado varios contratos para conciliar exposiciones no solo en Roma, sino también en Milán y en Sicilia.

—Siempre supe que ibas a tener éxito con la pintura. Recuerdo el retrato que me hiciste cuando tenía doce años.

—¿Aún lo conservas?

—Lo tengo enmarcado, pero no se lo enseño a todo el mundo.

—Debe ser horrible. En aquella época no sabía de técnicas, de perspectivas ni colores.

—Es precioso —le aseguré.

Luego le hablé un poco de lo que me había sucedido en los últimos años. De aquella noche de lluvia en que mi esposo se marchó a Lima para nunca volver, de lo bien que le iba a mi niña en la escuela, de lo aburrido que era trabajar ocho horas diarias en una tienda de zapatos y de lo mucho que extrañaba ir de vacaciones a la casa del río.

—Siempre recuerdo el último verano —le dije.

—Yo también —dijo Joaquín y se me quedó mirando un largo rato, como hizo a los doce años, mientras dibujaba, en un trozo de cartulina blanca, mi cuerpo desnudo.

Día 4, domingo

Siento que, a medida que envejezco, necesito dormir menos. Es como si mi cuerpo se recargara en tan solo cuatro o cinco horas de sueño. He tomado la costumbre, durante los últimos dos años, de acostarme bien tarde en la noche, leyendo libros que me recomienda Julián o viendo programas televisivos, y despertar bien temprano, justo antes de que los rayos del sol se reflejen en las ventanas de cristal de mi habitación.

Entre una cosa y la otra, gasto las horas del día. Desde que Martha murió he aprendido a no exigirle demasiado a la vida y tomar lo que ella me brinda cual si fuera un obsequio, un privilegio.

Las metas que me trazo son cada vez más bajas, más insulsas y carecen, en cierto modo, de importancia. Me entretengo con las noticias de la prensa, a veces intento trocarlas, intervenir una nota acerca de la cantidad de civiles muertos en el último ataque sobre la franja de Gaza, con un reporte sobre el estado del tiempo. Los resultados suelen ser divertidísimos.

Oigo la radio y respondo todas las preguntas de participación. Desde que mi hijo me regaló el ordenador no hay respuesta que Wikipedia no pueda ofrecerme.

He obtenido un montón de regalos: afiches, marcadores, llaveros, plegables de promoción, discos de música clásica y revistas. Cada semana alguien toca a mi puerta, trayendo consigo las recompensas que las emisoras de radio ofrecen al conocimiento.

Cuando Joaquín estaba a punto de irse para Roma me depositó unos miles de pesos en mi tarjeta de crédito y decidí invertirlos en la reparación de la casa del río. Lo consulté con las cenizas de Martha en el jarrón chino de la sala, y estuvo totalmente de acuerdo.

Ese domingo, antes de que los chicos hicieran las maletas para partir, les dije que había decidido quedarme.

—Acá tengo todo lo que necesito. El supermercado está a solo un kilómetro y medio y la gasolinera a tres. Mi furgoneta funciona perfectamente. En el pueblo más cercano hay estación de correos, de ómnibus y de trenes, hay puesto médico, cafeterías, restaurantes, tiendas de ropa, zapatos, libros e implementos para la pesca.

Ellos, como suponía, trataron de hacerme entender que mi decisión era desacertada.

—¿Acaso no han soñado con estar todo el tiempo de vacaciones? —les pregunté cual frase concluyente.

Julián dijo que no podría venir el próximo fin de semana. Tenía un compromiso de trabajo.

Joaquín y Claudia estaban libres. Volverían el viernes, llegarían a tiempo para la cena.

Yo les prometí cocinarles un pato en salsa mayonesa.

Caminé hasta la sala cuando los chicos se marcharon. Le aseguré a las cenizas de mi esposa que todo saldría bien. Fui hasta la trastienda por mi caña de pescar y las carnadas.

—Hoy comeremos pescado —le dije y salí afuera.

EL EMPUJE DE LAS OLAS

Los que van a morir parecen alfileres de cabezas plateadas que flotan entre las olas y les sacan destellos al agua sobre la infinita superficie del mar.

Se mueven, toman bocanadas de un aire caliente que les raspa la garganta. Sacuden las manos intentando permanecer a flote, le dan fuerte a los pies, muy fuerte a los pies.

Las ropas se les pegan al cuerpo, las olas los toman por sorpresa, los cubren, atacan por la espalda, siempre por la espalda.

Hay quien se quita la camisa, deja que sus zapatos caigan al fondo y pretende nadar hacia la orilla. Hay quien acude a sus fuerzas ocultas, a un ataque de adrenalina, a esos recuerdos que te podrían salvar en un momento de peligro; esos recuerdos por los que valdría la pena mantenerse vivo. Pero los que van a morir no son otra cosa que alfileres plateados, los que van a morir no resisten el empuje de las olas.

Mientras tanto el cielo muestra su azul más puro, su azul más limpio. Un azul de verano implacable que aleja a los turistas y atrae a los chicos que intentan entrar a la playa, cruzar las nuevas alambradas a pesar de los carteles de «Zona Militar. No Trespassing».

Los chicos cargan con sus pomos de agua fría, sus camisetas deportivas y sus balones de fútbol. Vienen en grupos de diez, de veinte, de treinta, se reúnen y organizan los primeros encuentros de «La Copa sobre la Arena».

Llevan meses preparándolo todo, meses esperando que terminen las clases y el sol caliente con fuerza, con mucha fuerza.

Los chicos de la secundaria en la zona alta, sobre el Mirador, siempre han ganado, pero este año no tienen a su mejor delantero, este año hay un cartel de «Zona Militar. No Trespassing». Este año un tipo vestido de uniforme y con el fusil en ristre no les quita los ojos de encima.

Al rato, las olas se aplacan, el viento deja de batir y los alfileres caen, caen de a poco al fondo, donde se acumulan los cuerpos.

La lancha solo retorna cuando el último de ellos ha dejado de brillar. Viene a toda velocidad y quienes cargan un número sobre el hombro derecho, tiemblan, cierran los ojos, rezan y tratan por todos los medios de no desfallecer.

Los que caen de rodillas, los que pierden el temple, son los primeros en morir.

Los chicos han intentado hablar con el tipo de uniforme, pero este no les responde y aunque luce mayor con el fusil en ristre, debe tener la misma edad, debe haber terminado hace muy poco la secundaria.

El tipo de uniforme mira a los chicos, mira el balón y recuerda los juegos en el traspatio del cuartel, los goles que le costaron ocho horas de guardia junto a la cerca, junto a la proclama de «Zona Militar. No Trespassing». Recuerda las clases de posición combativa, de defensa personal y táctica de combate. Recuerda aquellos días cuando la guerra parecía tan lejana.

El tipo de uniforme está cansado de mirar a los chicos, está cansado de recordar. Decide quitarles la vista

de encima, hundir los ojos en un punto de la cerca, entre la hierba alta y el alambre de púas, decirles, finalmente, que no se puede pasar, la playa estará cerrada todo el verano, mejor se van a otro sitio.

El capitán del equipo Mirador se pone de pie.

—Siempre hemos jugado en este lugar. Las otras playas son una mierda.

Los demás asienten, miran al tipo de uniforme con dureza pero este mantiene el fusil en ristre y ellos no se atreven a entrar.

La lancha atraca en la orilla. Los que van a morir forman cuatro filas bajo el sol de la mañana, bajo un azul limpio, un azul puro. Cada cual trae un número en el hombro derecho. El teniente se cala la gorra, ajusta sus espejuelos oscuros, recorre las cuatro filas señalando a un lado y al otro hasta completar la cifra de veinte.

El teniente está cansado de conducir la lancha; siente deseos de que termine la guerra. Se vuelve a calar la gorra, mira a los soldados y les dice que se apuren, que no tiene todo el día. Piensa que probablemente dentro de una semana podrá regresar a casa, que dentro de una semana todo acabará. Luego le dice al sargento que hace tres días está antojado de comer langostas, que cuando terminen el trabajo irán hasta los cayos del sur para comerse un buen plato de langostas.

El sargento asiente, da un par de órdenes y escupe sobre la arena. El sargento también está cansado, no quiere que nadie se entere, pero lo delata el sudor de la frente, las ojeras profundas y esa manía constante de escupir sobre la arena. El sargento confía en que probablemente dentro de una semana terminará la guerra y podrá regresar al barrio, a las cervezas en el bar y el juego de fútbol con los chicos que tuvieron mejor suerte, salieron a tiempo hacia el norte para escapar del reclutamiento y esperan con paciencia que todo termine.

Los que tuvieron mejor suerte miran nevar, a través de las ventanas, y piensan en los juegos de fútbol que se pierden, cada día, mientras afuera cae la nieve, dura y espesa, limpia y pura.

Siempre hay alguien que sale de la fila, dice que está listo, pero no lo escogen, al contrario, le dan con la culata del fusil y lo ponen al final.

Esta vez se llevan a trece hombres y a siete mujeres. Los suben a la lancha y el ruido del motor apuñala el sonido del mar.

A veces alguien llora, alguien cae en los doce metros que separan a las filas de la embarcación. El teniente hace una seña. El cuerpo es arrastrado por la arena, amarrado a la proa y muere durante el viaje de ida, atragantado de agua y sal.

Los chicos están impacientes, el equipo del Cementerio desistió y se fue marchando de a poco: primero los tres de la defensa, luego el portero, los mediocampistas, algún que otro delantero y por último el capitán; también se marchó el equipo de la Siguaraya, todos de un tirón, maldiciendo al tipo de uniforme, a la guerra y al cartel de «Zona Militar. No Trespassing». Solo quedó el equipo Mirador y el equipo Salto Arriba.

El capitán de Salto Arriba practicaba su dominio del balón. La práctica le sostenía la calma, lo ayudaba a concentrarse. Este año había jurado, frente a la escuela, que ganarían la Copa, que la gente de Salto Arriba tendría el derecho de bañarse en la playa durante el verano completo; este año lo tenía todo listo: las estrategias del juego, las técnicas de defensa, el modo de llevar a cabo el contragolpe y, sobre todas las cosas, había perfeccionado sus tiros a la portería; este año el equipo Salto Arriba tenía todas las de ganar.

El capitán se mantenía lejos del grupo. Ya había hecho más de cincuenta toques cuando el balón se le

escapa de las piernas, marca una semicircunferencia muy parecida a esos pases que tanto había practicado con sus delanteros durante los entrenamientos en el terreno enyerbado de la escuela; da contra uno de los postes, cruza la cerca y cae justo en los pies del tipo de uniforme.

Los chicos dejan de discutir, miran al capitán de Salto Arriba, a las alambradas, al tipo de uniforme, al balón y al cartel de «Zona Militar. No Trespassing».

El tipo de uniforme mira el balón. Era perfecto, traía la insignia del último campeonato mundial, estaba casi nuevo.

«Debió haber costado bastante,» piensa «no sé cómo hacen estos chicos para conseguir balones tan buenos».

Se descuelga el fusil, lo recuesta a la cerca. Toma el balón con ambas manos, lo acaricia, le da algunos toques y dice con el tono de quien dicta sentencia:

—Ustedes no pueden jugar. Les falta un delantero.

El sol del mediodía quema la arena. La lancha retorna. El sargento, con disimulo, se seca el sudor de la frente. El teniente se quita los espejuelos e intenta atrapar, por unos segundos, el azul puro y limpio del cielo.

Solo quedan veinte en la orilla.

El ex-delantero del equipo Mirador forma parte de la segunda fila. Permanece de pie con la vista clavada en la superficie del mar.

Los soldados se apresuran. El teniente dice que después de esa última ronda tomarán un desvío hasta los cayos, dice que en los cayos sirven las mejores langostas que ha comido jamás. El Sargento acomoda los cuerpos sobre cubierta y enciende el motor.

La arena arde bajo los pies de los chicos que delimitan con piedras el área de la portería, marcan con unas ramas las esquinas y el terreno de cada cual.

Los cuerpos caen, flotan entre las olas y les sacan destellos al agua sobre la infinita superficie del mar.

El ex-delantero se quita la camisa. Mueve las manos. Agita los pies. Nada con fuerza, con mucha fuerza. Cree ver, a los lejos, a unos chicos que corren detrás de una pelota.

El capitán del equipo Mirador dice que esperen un segundo. Se pone las manos en la frente a modo de visera. Pero los que van a morir no son otra cosa que alfileres plateados, los que van a morir no resisten el empuje de las olas.

VINO DE LA RIOJA

Siento un malestar en la garganta, como si tuviera dentro tierra apisonada. Siempre que imparto clases sucede lo mismo, sobre todo cuando hay ruido afuera, cuando debo alzar la voz; sobre todo cuando intento explicar la teoría filosófica de Kant durante una hora y media, mientras la rubia de la tercera fila me mira con cara de no entender, y aun así no me quita la vista de encima. Entonces no sé qué mira en realidad: si la imagen del tigre que traigo tatuada en el brazo, los ojos de Jim Morrison en mi pullover negro, o los gestos que hago con las manos para hablar de los conflictos y la relación entre Dios, el hombre y la modernidad.

Busco en la mochila el borrador. Me doy cuenta de que lo he vuelto a dejar en la Cátedra. La pizarra está llena de notas, dibujos y cosas incongruentes que podrían hacerle dudar al profesor que me sigue en el próximo turno sobre mi verdadera responsabilidad ante la enseñanza.

Los chicos salen, bajan a la cafetería, recorren el pasillo de un lado al otro, encienden cigarros y al unísono lanzan bocanadas de humo desde el balcón. La rubia se acerca a la mesa y me ofrece, para borrar la pizarra, una hoja de su libreta.

—Déjeme hacerlo —dice.

Se vira de espaldas y casi sin darme cuenta, sin pensarlo, incluso sin quererlo, detallo el movimiento de su cuerpo cuando se para en puntas de pies, borra desde arriba hacia abajo y recluye a Kant hacia una zona olvidada de la memoria.

Echa el papel al cesto de la basura y sonrío.

Le doy las gracias a modo de adiós más que de cortesía o de real agradecimiento. La garganta inflamada hace que mis palabras se conviertan en gruñidos, incluso es probable que hablar demasiado, después de un turno de clases, me provoque fuertes arqueadas y vomite trozos de tierra seca antes de bajar las escaleras.

Me cuelgo la mochila. Salgo al pasillo, la chica me intercepta. Vuelve a sonreír, mece sus cabellos de rubia, con ese orgullo que solo una rubia puede ostentar.

Dice que tiene dudas, que hay cosas de Kant que no logra comprender.

Quiero decirle que puede ir hasta la biblioteca, consultar algunos libros, reservar un tiempo de máquina en internet y hacer una búsqueda exhaustiva, o ver los programas que transmiten los viernes en la tarde en el Canal Educativo, los programas copiados del *History Channel*; pero mis palabras tropiezan y caen, ya sin fuerzas para volverse a levantar.

Asiento cuando me pide acompañarme a la Cátedra, o ir esa noche a mi casa.

—Anotaré todas mis dudas para no hacerle perder el tiempo.

Imagino su libreta llena de plecas, asteriscos y símbolos de interrogación, imagino dudas extensas que van desde la prehistoria hasta el materialismo dialéctico, desde la Revolución Francesa hasta el arte de Marcel Duchamp.

Imagino una excusa bien fuerte:

1. Esta noche saldré con unos amigos.

2. Esta noche tengo que preparar dos conferencias, cuatro clases prácticas y seis seminarios.

3. Esta noche quedé con una amiga en acompañarla para su guardia en el hospital.

4. Esta noche iré a visitar a mi madre.

5. Esta noche...

y ella vuelve a sonreír, dice que a las ocho, quizás a las nueve, o mejor a las diez, cuando haya terminado la telenovela, dice que ella nunca, y hace hincapié en la palabra «nunca», se pierde la telenovela.

Cruzo el pasillo, bajo las escaleras, me arrepiento de haber olvidado el borrador en la Cátedra, siento su mirada en mi espalda, colgada a la imagen del tigre, a los ojos de Jim Morrison, que de seguro la apuntalan y le otorgan confianza.

La reunión de profesores termina pronto. La Cátedra queda vacía y permanezco un rato frente al monitor, espero un mensaje de Claudia, aunque sea uno corto, aunque sea un correo cadena cargado de fotos:

Claudia cruza la mano sobre la baranda de un puente, sonrío, detrás un castillo medieval o algo parecido a un castillo medieval.

Claudia sobre una bicicleta y detrás un lago o algo parecido a un lago.

Claudia con las manos extendidas en un gesto encantador y detrás una avenida limpia y alumbrada o algo parecido a una avenida limpia y alumbrada.

Calculo las horas de diferencia entre La Habana y Zaragoza.

Debe estar despierta, pienso, o quizás a punto de dormir, no lo podría precisar, esto de sacar cuentas siempre me ha resultado complejo.

Le escribo, le cuento lo mismo que le conté ayer y quizás lo mismo de anteayer, le pido que escriba en cuanto pueda, que me hable de las clases en la universidad, de los

precios de la comida, del estado del tiempo y de los mejores programas de Tele Cinco, o que al menos me diga el nombre del castillo, el lago o la avenida limpia y alumbrada.

Vuelvo a leer el único mensaje que recibí de ella. Las dos líneas, la nota en correo cadena:

Estoy bien, llegué un poco mareada, me estaban esperando en el aeropuerto, me recibieron con vino de La Rioja, luego les cuento... y el «luego» me martilla con fuerza, aunque haya leído más de cien veces el mismo mensaje, aunque ya debería estar acostumbrado.

La encargada de la limpieza empuja la puerta, carraspea como si tuviera tierra apisonada en la garganta, me dice que debe cerrar, que le ayude con las ventanas mientras ella saca afuera los cestos de basura y frota una colcha húmeda contra el suelo.

Reviso otra vez la bandeja de entrada, me convengo de que no hay un mensaje nuevo y apago la computadora.

Camino despacio por las calles de La Habana como si caminara por las calles de Zaragoza. El cielo trueca su azul pálido por un azul intenso, comienza a caer la noche.

Subo las escaleras de mi edificio y la perra me recibe tras la puerta.

Voy hasta la cocina, saco todo lo que tengo en el refrigerador y lo coloco sobre la meseta. Preparo la cena como quien arma un puzle de cuatro piezas. Comparto a partes iguales, enciendo el televisor y ambos miramos con indiferencia las noticias de la guerra, las tasas de desempleo y las protestas estudiantiles.

Le cuento a mi perra que esta noche tendré visita, le hablo de la rubia y me reprende, dice que debí negarme.

Ella no entiende de tierra apisonada en la garganta.

Me voy a la ducha y la dejo sola en la sala, molesta y amargada, tragándose de a poco los anuncios de televisión.

Antes que termine la novela ordeno la sala, recojo algunos libros y los guardo encima del escaparate en el

cuarto. Me pongo otro pullover de Jim Morrison, en este sus ojos miran hacia el suelo y mantiene los brazos junto al cuerpo, como si se sintiera cohibido, avergonzado o estuviera parado en firme.

Un pullover perfecto para recibir a una rubia, pienso, sobre todo cuando viene cubierta de dudas acerca de la Filosofía.

Me acomodo en el sillón de madera, donde se sentaba Claudia cada vez que venía a la casa. El edificio está en silencio. La gente se ha ido a dormir; siempre que termina la telenovela, la gente se va a dormir.

Saco una botella de vino y la coloco en el refrigerador. Abro las ventanas del cuarto para que se ventile todo el apartamento. La chica toca a la puerta. Sonríe. Le digo que entre y se ponga cómoda. Ella no acepta el sofá, tampoco los butacones, ni siquiera el sillón de madera. Da vueltas alrededor de la sala, mira los cuadros en la pared, las fotos sobre la mesita de centro y me pregunta quién es la muchacha que me abraza con tanto cariño.

—Claudia —le digo.

Detrás está la bahía de La Habana o algo parecido a la bahía de La Habana.

La perra mira con rabia a la chica, muestra un poco los colmillos, pero solo un poco.

—¿Es tuya? —pregunta y no sé de momento si se refiere a la perra, a la foto en la mesita de centro o a Claudia.

Le digo que sí. La respuesta funcionaría en cualquiera de los tres casos.

—Muéstrame tus dudas.

Ella abre su libreta y como es de imaginar, las hojas están llenas de plecas, asteriscos y signos de interrogación.

Le hablo de Kant, de Descartes, incluso de Apollinaire. Creo que también le hablo de Claudia, aunque no mencione precisamente su nombre. Le cuento que en

Zaragoza hay un castillo magnífico, un lago precioso y una avenida limpia y alumbrada. Ella me mira con cara de no entender, con impaciencia, aun así, no me quita la vista de encima, aunque Jim Morrison mantenga sus ojos clavados al suelo.

Busco la botella de vino, saco de la alacena dos pequeños vasos de cristal. Lo pruebo antes de brindarle, está amargo, tiene poco alcohol, a un vino de veinte pesos no se le puede pedir demasiado.

Ella dice que le encanta el vino y me pide permiso para prender un cigarro.

Se acerca a la ventana. Suelta el humo hacia afuera.

—Las noches en La Habana son aburridas —dice.

Yo no sé qué responder, ni siquiera sé si ella espera una respuesta. Trato de imaginar cómo podrían ser las noches en Zaragoza, quizás sean aburridas también.

Asiento. Muevo despacio los balancines en el sillón de madera mientras ella se quita la blusa, se afloja los ajustadores y deja caer su saya.

Me pregunta por qué traigo tatuada la imagen de un tigre en el brazo. Le explico, pero me mira con cara de no entender.

La luz atraviesa la ventana, ilumina el azul pálido de su ropa en el suelo. La despierto y le digo que debe marcharse, que no olvide su libreta. Mi perra la despide con rabia en la puerta, pero esta vez no muestra los colmillos.

En la Cátedra debo esperar a que los profesores desocupen las máquinas. Siempre que espero me pongo nervioso. Muevo las manos, o los pies, o pestañeo con persistencia, o hago las tres cosas al mismo tiempo.

El profesor de Historia se levanta, le doy las gracias. Él no responde. Al parecer no tengo nada que agradecer. Abro el correo. La conexión es lenta, muy lenta. Tengo un mensaje de Claudia. Estoy entre los doce destinatarios

de su lista. El mensaje es corto, viene cargado de fotos, al fondo hay castillos, lagos y avenidas. Ella sonríe, sostiene una botella de vino de La Rioja en la mano, o al menos algo parecido a una botella de vino de La Rioja.

En el cuerpo del mensaje dice que el vino en realidad no es tan bueno, que los castillos no son tan lindos y que ni siquiera hace tanto frío como le dijeron. El mensaje termina con un *luego escribo más, besos miles...* y el «luego» me martilla con fuerza. Aunque ya debería estar acostumbrado.

BLOG TOP

Ayer en la tarde la vecina de los bajos tocó a mi puerta. Traía una taza de té negro y la mirada de quien se niega a morir de aburrimiento. La invité a pasar, puse la taza sobre la mesita de centro y le pregunté si ya su esposo me había arreglado el estante de los libros.

Ella hizo un gesto con los hombros que no logré descifrar, no soy realmente bueno en ese asunto de captar señales, su expresión podría poseer varias acepciones: el marido no le ha hecho caso al estante, ya lo arregló y espera a que yo baje a buscarlo, no ha encontrado la madera con la cual sustituir las tablas roídas por las termitas, o deja pasar el tiempo para otorgarle gravedad al trabajo y pedir una mayor retribución monetaria.

Fui hasta la cocina. Regresé con una azucarera y una cuchara pequeña.

La vecina observaba con detenimiento la pantalla de mi ordenador.

Le confesé que el té estaba requetebueno y ella preguntó si eso de tener un blog era divertido.

No supe por dónde comenzar a contestarle. Hice un gesto vago sin una definición preconcebida. Ella interpretó hábilmente que poseer un blog, moderar comentarios y colgar actualizaciones, era lo más divertido del mundo.

Asentí con levedad, me llevé la taza a los labios, y le volví a preguntar por el estante mientras señalaba tres torres de libros que había apilado de forma ordenada junto a la pared.

Las torres llegaban casi hasta el techo. Tenían como base tres tomos de la *Enciclopedia Británica* y tres catálogos de fotografía. En una estaban los libros de literatura nacional, en otra los de literatura universal. La tercera torre estaba constituida por todos los manuscritos que he enviado a las editoriales, a lo largo de mi vida, y cuatro volúmenes esenciales para quien pretende ejercer la crítica literaria.

La mujer aseguró que su marido estaba a punto de terminar con los arreglos y que no existía nada peor, para la madera, que las termitas. Miró los libros en el suelo con lástima, o quizás con asco.

Interpretar miradas tampoco se me da bien.

Luego regresó la vista al ordenador, y me preguntó si poseía muchos seguidores.

Debí confesarle que mi blog solo lo leían cinco personas: mi madre, mi hermana, su esposo y dos sobrinos que están de vacaciones en Marruecos.

Ella preguntó cómo es que se hacía para irse de vacaciones a Marruecos. No pude contestarle, pero esta vez no acompañé mi negativa con un gesto. La mujer, en este asunto de interpretar señales, es una fiera.

Quise decirle que la crítica literaria, de por sí, no resultaba un tema atractivo para la navegación por internet, cada vez las personas leen menos y le prestan mayor atención a todo aquello que no conlleve un proceso de pensamiento, análisis o reflexión.

—Lo que a mí me gusta de las computadoras —dijo la mujer— son las fotos de gaticos, el horóscopo y los chistes sobre judíos. Los colecciono, tengo casi quinientos, ¿quieres que te cuente uno? —y la mujer comenzó a contar chistes.

Tuve que hacer un esfuerzo enorme para sonreír de vez en cuando, los chistes sobre judíos nunca me han parecido graciosos. Mientras ella contaba yo bebía a sorbos mi taza de té, y pensaba en la próxima actualización del blog: debía escribir una reseña sobre un poemario de un tal Allan Rigde, premiado en un festival al sur del Perú, y que me había llegado por correo postal tres días atrás. Debía ensanchar un artículo sobre la teoría de las mediaciones y su relación con el mercado editorial en España, y decidir si compartir, o no, un enlace al listado de los veinte libros canónicos para la segunda mitad del siglo XX.

—Llevar un blog exige esfuerzo y dedicación —le dije a la mujer con tal de que interrumpiera su retahíla de chistes.

Caminé hasta las torres de libros. Tomé, con mucho cuidado, uno de los volúmenes mesiánicos sobre el ejercicio de la crítica. Reajusté el equilibrio de la torre y quise leerle a mi invitada un párrafo revelador, donde un tal Eric Palmer hablaba del duro camino en la búsqueda de la objetividad, pero ella palmeó el aire en un gesto que debió significar: no te atrevas a leerme algo; o deja ya eso; o no estoy para tonterías.

Al parecer, las líneas argumentales de Eric Palmer son, para mi vecina, lo que para mí, los chistes sobre judíos.

Me pidió un vaso de agua, dijo que tanto hablar le había secado la garganta. Quise retribuirle la gentileza de haberme ofrecido una taza de té, y le propuse que preparáramos un jugo de tamarindo.

—No existe nada mejor para aclarar la garganta que el jugo de tamarindo —aseguré.

Yo tenía en la nevera algunas barras de fruta. Manejar la licuadora no se me daba bien. La conduje a la cocina y le señalé dónde estaban todos los ingredientes.

—Ya de paso preparo unos huevos revueltos y unas frituras de harina —dijo la mujer.

Su espíritu para combatir el aburrimiento era increíble.

Comenzó a sacar cazuelas de los estantes, tomó cubiertos, bandejas, enchufó a la corriente la batidora de huevos y la vi sonreír como nunca.

Cocinar la hacía feliz.

Regresé al ordenador y al libro mesiánico. Antes de escribir la primera palabra releí el decálogo de la crítica literaria que ofrecía Eric Palmer como colofón a sus trabajos teóricos. Agarré el poemario de Allan Ridge, y al compás de la licuadora lo fui deconstruyendo pieza por pieza.

Media hora más tarde tenía en la portada de mi blog una reseña mediadamente buena y, sobre la mesita de centro, una perfecta bandeja de huevos revueltos, adornados con frituras de harina y escoltados por una jarra de jugo de tamarindo.

Mientras merendábamos, le conté a mi vecina cómo surgió la idea de hacer un blog donde pudiera publicar todo aquello que las editoriales me rechazaban. Ella no poseía muchos conocimientos sobre el ciberespacio y sus características, pero asentía a cada uno de mis comentarios, y se atrevió incluso a darme consejos, a construir estrategias para atraer la atención del público.

Al principio no le hice mucho caso, pero entre una fritura y la otra, quizás de modo involuntario, comencé a tomar nota mental de lo que decía.

—A mí nunca me gustó leer —dijo luego—. Recuerdo que mi madre me obligaba a repasar la lectura para que no hiciera un papelazo en la escuela, para que la maestra no la mandara a buscar. Cada tarde me subía a una silla y desde ahí debía leerle todos los titulares del periódico. No existe nada peor que leer los titulares de un periódico.

—Yo puedo prestarte algún libro que de verdad encuentres interesante. Tengo historias de todo tipo:

novelas policíacas, de terror, aventuras, espionaje y contraespionaje, de vampiros, hombres lobos, de relaciones incestuosas, amoríos imposibles, e incluso tengo una colección de poemas eróticos escritos por los franciscanos de La Serna de Veri en la segunda mitad del siglo XVIII.

Caminé hasta las torres de libros. No hice más que acariciar algunos lomos cuando ella me detuvo en seco.

—No te atrevas a prestarme nada de eso, prefiero ver las versiones que ponen en la televisión.

Tomó la bandeja y la llevó hasta el fregadero.

Desde la sala podía oír el sonido del agua sobre los platos sucios. Mi vecina era, sin dudas, una perfecta ama de casa. Revisé el blog. En la parte inferior de la reseña se habían registrado dos comentarios.

El primero era de mi madre. Me felicitaba por la nueva publicación, decía que ese tal Allan se convertiría, a partir de mi reseña, en todo un fenómeno, un genio de la escritura, por último me recordaba que debía alimentarme adecuadamente, desde que su marido le instaló el *cookchannel* no hace otra cosa que ofrecerme consejos y recetas culinarias, ni otra cosa que espantar al diablo cuando oye hablar de la comida chatarra.

El segundo era del esposo de mi hermana, me contaba de un amigo de él que también se llama Allan y que fue campeón de tenis en el año 1981, cuando nuestro país disputó la final con Argentina.

Borré ambos mensajes antes de que algún cibernauta incauto pudiera tropezarse con tal atrocidad. Miré el libro mesiánico y en silencio le pedí disculpas a Eric Palmer.

—Ya está —dijo la vecina— todo fregado y en su sitio.

Sonreí, o al menos recuerdo haberlo hecho.

Nos sentamos en el sofá de la sala. Detrás teníamos las torres de libros. Al frente una pared desierta pintada

de azul. Mi vecina intuyó que el ambiente comenzaría a tornarse aburrido.

Yo compartí su intuición.

Quise explicarle por qué nunca había colgado un cuadro o un retrato en aquella pared, pero no encontraba una excusa realmente creíble, no hallaba motivos estéticos ni religiosos o morales que me impidieran haber colgado de la pared al menos una cortina plástica.

Ella dijo que de tener un blog lo llenaría de temas atractivos, fotos de gaticos y predicciones astrológicas. Pensamos por un instante en cuáles podrían ser los temas preferidos por un cibernauta común, un tipo que vagara por la red como quien pasea por un parque y se detiene a observar las cornisas de un edificio, o el revoloteo ingenuo de los gorriones en la acera.

La vecina hizo un listado inmenso que fui recortando de a poco. Al final solo quedaron tres temas en la punta del iceberg: la comida, los viajes y el sexo.

Caminé hasta el ordenador. Acaricié con un poco de tristeza las tapas del libro de Eric Palmer. Traté de regresarlo a su lugar, pero entre mi mesa de estudios y las torres de libros, se interponía el cuerpo desnudo de la vecina de los bajos.

ESTRATEGIAS PARA DERRIBAR UN PUENTE

Estrategia No. 1

El frío había empañado el cristal de la ventana. Afuera estaba a punto de caer la nieve, y yo no hacía otra cosa que pensar en Claudia, en las cortas posibilidades de volver a verla.

Mi padre colocó dos cervezas junto a la ventana. Aseguró que se enfriarían en cuestión de minutos y anunció que la comida le había quedado riquísima:

—Tamales en cazuela, justo como los hacía tu madre; plátanos maduros fritos y verduras en conservas, traídas directamente del supermercado.

Mi padre está orgulloso de los descuentos para trabajadores que le hacen en el mejor supermercado de la zona. Allí ha gastado las horas durante los últimos veinte años, ordenando latas de carne y cajas de leche en los estantes superiores. Mi padre es un hombre alto, muy alto. Yo crecí siendo bajo de estatura, bajo de peso y la presencia de la nieve afuera (blanca y espesa, blanca y pura) me regalaba una sensación de desamparo, o de algo parecido al desamparo.

Apenas llevaba seis meses en NorthVillage y ya estaba arrepentido de haber cruzado el mar, de haber dejado atrás el olor de la tierra mojada, el miedo a la

oscuridad y las maravillosas tetas de Claudia; no existen, en toda la Isla, mejores tetas que las de Claudia.

Mi padre pidió que le ayudara a poner la mesa. Encendí la luz del comedor. Coloqué platos y cubiertos. Él comprobó la temperatura de la cerveza.

—Como para rajarse la garganta —dijo, luego me regaló una sonrisa y creí que en los ojos de mi padre, en su mirada, el desamparo podría diluirse, como se diluye el agua en el agua. —«Todo es cuestión de adaptarse», me aconsejó durante una fría tarde de marzo, «Tienes que buscarte una jeva. Los inviernos no son tan duros cuando hay calefacción».

Tomé su consejo como ley. A los quince días estaba saliendo con una dominicana de veinticinco años, que se había mudado al apartamento de su hermana en la Avenida Tercera y tenía unas nalgas de lujo.

La mujer era media tonta, adoraba las canciones de Juan Gabriel, los *blue jeans* y las malas copias de la lencería de Victoria's Secret, pero templaba como una profesional y eso, para mí, ya era más que suficiente.

A mi padre le hacía feliz verme con ella del brazo. Me recomendaba lugares adonde llevarla: restaurantes, clubes, salas de juego. Me prestaba dinero cuando la plata que me soltaban por pintar exteriores comenzaba a languidecer, y me dejaba el auto con el tanque lleno. Le ofrecía una sonrisa a mi novia, me daba dos palmadas en los hombros y se iba a su cuarto para ver el *show* de Terry Hackman, donde cada viernes una pareja de concursantes tenía la posibilidad de ganar, o perder, medio millón de dólares.

Al poco tiempo los paseos se tornaron aburridos, comenzaron a dolerme las muñecas de tanto dale que dale con la brocha, el sexo se espaciaba a una vez por semana, Claudia regresó a mi mente y la dominicana me dejó por un puertorriqueño recién llegado al barrio, un tipo que se las daba de cantante, taxidermista y boxeador, un tipo que

llevaba al cuello la placa de su padre, quien había muerto de tres balazos en el pecho, durante una emboscada que sufrió su tropa en Irak.

Mi trabajo era esporádico, mal pagado y peor agradecido. Las señoras escogían los colores y luego no quedaban satisfechas con el resultado. Le achacaban el fracaso a mi falta de experiencia, o a mi nacionalidad, al color de mi piel, al acento latino o a los descansos que debía tomar entre una pared y la otra.

Tanto pinta que pinta me llevó de cabeza a doce sesiones de fisioterapia y a un plan de pastillas para contrarrestar la erupción en la piel que me provocó un azul celeste caducado.

Estrategia No. 2

—Los tamales tienen carne de cerdo y unas albóndigas que sobraron de la otra noche —dijo mi padre.

—Están buenísimos —aseguré y me serví un poco más en el plato.

La mesa del comedor era demasiado grande para un apartamento tan pequeño. Mi padre se sentaba en una punta; yo, en la otra. El comenzó a hablar de un tipo, un colombiano, a quien habían despedido porque maltrató a unos clientes. El hombre trabajaba en las cajas registradoras. Había ascendido de almacenero a dependiente.

—Aquí no se puede cometer ni un error —decía mi padre—, ni uno solo.

Yo apenas le prestaba atención, recordaba a mi madre, siempre que como tamales en cazuela recuerdo a mi madre, y de algún modo raro, en el hilo de las memorias, a mi mente llegan las tetas de Claudia, las enormes tetas de Claudia.

«Ese negocio de pintar exteriores no es rentable», aconsejó cuando le confesé que estaba cansado de la

brocha, las escaleras metálicas y la mirada inquieta de las empleadoras. «Podrías hacer trabajos de plomería. Los edificios de este barrio son antiguos; clientes no te van a faltar».

El viejo tenía razón, el viejo era una bestia en eso de ofrecer consejos.

Al día siguiente invertí doscientos dólares en una caja de herramientas y anduve toda la semana brindando mis servicios a domicilio.

Una tarde, mientras sustituía un codo oxidado en el sistema de drenaje de una casa de la zona residencial, conocí a una chica mexicana que hacía la limpieza, había dejado un hijo en Sonora y le enviaba cada mes la mitad de su salario, para que al niño no le faltara de nada.

La mujer era bajita y regordeta, pero poseía unos ojos preciosos. Se las arregló para que en las casa de sus empleadoras, cada semana se averiara una tubería y entre vueltas de rosca hacíamos el amor en el baño, bajo la ducha, sobre la tapa del inodoro o contra las lozetas pulidas de la pared.

Al cabo de las dos semanas la mujer me confesó que había decidido mudarse a New York con una prima que le había resuelto un empleo en un *restaurant* de comida mexicana.

Su hijo estaba creciendo.

—Mi sueño es traerlo a los Estados Unidos y que estudie en la universidad —dijo la mujer.

Poco a poco, fui perdiendo el interés por la plomería.

Estrategia No. 3

Le dije a mi padre que me encargaría de fregar los platos.

Él encendió el televisor, esa noche una pareja de concursantes tendría la oportunidad de ganar, o perder, medio millón de dólares en el *show* de Terry Hackman.

Abrí la llave del grifo. El agua espumosa corría hacia el tragante. Pensé durante un rato en una chica japonesa que vivía en los bajos del edificio y que me había pedido con insistencia que le cambiara una lámpara de luz fría.

Afuera aún caía la nieve (blanca y espesa, blanca y pura). Mientras colocaba los platos en el escurridor recordé a Claudia, a ese puente de afecto del que habla en todas y cada una de sus cartas.

—¿Qué te parece la vecina de los bajos? —le pregunté a mi padre.

—¿Cuál vecina?

—La japonesa. Me comentó que se le había explotado la luz de cuarto. Dentro de un rato voy a bajar para echarle una mano.

—Parece una buena chica —dijo mi padre con un poco de desgano.

Desde el televisor, los competidores habían perdido medio millón de dólares.

INSTANTÁNEAS

Siempre creí que el Fin del Mundo sería un sitio horrible. Imaginé montañas de arena, un desierto caliente, quizás una fila de camellos y un grupo de árabes.

Siempre creí que el Fin del Mundo estaría repleto de árabes; mesas de ventas bajo toldos blancos, carne seca de iguana, gafas de sol, turbantes, sombreros, pequeñas figuras de barro y botellas de agua, cientos de botellas de agua; o sea, un sitio horrible, un lugar donde nadie querría estar. Algo así como un purgatorio terrestre, como esos purgatorios que aparecen en los noticieros de televisión.

Los chicos dijeron que no debíamos perder la oportunidad, que en las redes sociales no se hablaba de otra cosa:

—Una semana de vacaciones no es para estar en casa, colgado de la cerveza, del *show* de Terry Hackman y los programas del Discovery Channel.

Trajeron las reservaciones, fijaron horarios y Claudia me miró con sus ojos de vidrio, mientras sostenía en una mano la maleta y en la otra el traje de baño.

Les dije que no soportaba viajar de noche:

—No logro dormir, aunque apaguen las luces, aunque recline el asiento y encuentre la posición más

cómoda —pero ellos cerraron los ojos, dejaron de hablar, y me mantuve despierto, con la vista clavada a la carretera, mirando los carteles que en la orilla anunciaban la distancia que nos faltaba por recorrer, las vallas publicitarias y las líneas amarillas discontinuas que a la velocidad del ómnibus parecían lazos de gimnastas.

Cuando desembarcamos tomé la cámara fotográfica, traté de acercarme, le dije a Claudia que tirara una piedra a la laguna y capturé el vuelo de los patos, el justo instante en que se elevaban un metro por encima de la superficie del agua.

Desde que llegamos no hemos hecho otra cosa que tomar fotos. Cada cual trajo su cámara, cada cual le tira fotos distintas al mismo lugar. Allí hay un monumento, más allá una estatua y, sobre el lago, una bandada de patos.

—El hotel queda cerca —dijo uno de los chicos—, es aquel —y señaló una construcción moderna que simulaba una construcción antigua, algo así como un castillo medieval pintado de colores cálidos, con dos torres, un campanario y un puente que se pliega mediante un mecanismo electrónico, como esas puertas en los aeropuertos y en los supermercados, como esos sitios donde no hace falta un portero.

Un hombre vestido de uniforme se brindó para llevarnos las maletas. Puso todo el equipaje sobre una ruidosa carretilla y nos dijo que habíamos tomado una excelente decisión.

El Castillo era el único hotel cinco estrellas de toda la zona, el resto de las instalaciones estaban llenas de gente de clase media, traficantes, prostitutas y vendedores de revistas.

—Esos negocios se dan muy bien —dijo el hombre—. No hay nada como tener sexo o leer una revista antes de asomarse al borde del Universo, los mejores turnos son los de la tarde, la llegada coincide con la puesta

de sol, la experiencia es inolvidable —hizo hincapié en la palabra «inolvidable» y extendió la mano para que le diéramos algo de propina.

Las fosas bajo el puente estaban repletas de cocodrilos. A los chicos les pareció normal.

—Es un hotel cinco estrellas —dijeron—, algo diferente debe tener.

Los cocodrilos estaban acostados sobre unas piedras blancas bajo el sol, mantenían sus fauces abiertas, parecían estatuas, luego creí que a lo mejor eran estatuas que se hacían pasar por cocodrilos, por lo general los turistas solemos ser incautos.

Los pasillos del hotel estaban custodiados por armaduras y cabezas de animales incrustadas en la pared. Animales ya extintos, que de seguro vivieron en la zona antes que descubrieran que era justamente el Fin del Mundo, antes que decidieran convertirlo en un sitio turístico.

Los animales me miraban fijo a través de sus ojos de vidrio, parecían reales, quizás lo fueron en algún momento, quizás no.

—A fin de cuentas eso no es importante —dijo Claudia mientras se cambiaba de ropa.

El traje de baño le quedaba divino. Hicimos el amor un poco apurados, ella estaba loca por tirarse a la piscina; yo, por tomarme una jarra de cerveza en el bar.

Bajé al patio con la cámara fotográfica. Le tomé fotos a las palmeras artificiales; a las chicas que, sin sujetadores, tomaban sol sobre las tumbonas, al sudor de mi cerveza y a Claudia, mientras subía al tobogán y me hacía señas que de momento no supe comprender.

A mi lado se acomodó un hombre, quiso hablarme.

No soporto a la gente que entabla conversación con desconocidos en un bar. Me preguntó algunas cosas en inglés:

¿Cuál era mi habitación?

¿De qué lugar venía?

Si ya me había asomado al borde del Universo.

Y me recomendó tomar el catalejo de la derecha, el que está enumerado con el «TRES»:

—Es el mejor, ni siquiera tendrás que forzar la vista. La escena, sobre todo con la puesta de sol, es magnífica —dijo luego.

Simulé no comprenderlo, pero el hombre no se dio por vencido, me habló en francés, en italiano y en alemán. Mediante señas le hice entender que hablaba árabe, o algún idioma parecido al árabe y, desilusionado, se alejó de la barra.

Luego me sentí una mala persona, al final el tipo solo quería conversar, quizás fue por eso que acepté ir con los chicos a la discoteca, quería redimirme, hacer algo por el bien común y no puse objeciones cuando todos decidieron lanzarse a la pista y ponerme en el centro, para que meneara las caderas al ritmo de un canción caribeña.

Terminé borracho y dormido sobre las sábanas floreadas en la cama de la habitación. Claudia se molestó un poco, pero solo un poco. Me dijo en la mañana que para el almuerzo habría enchilado de camarones, no hay nada que la alegre más que el enchilado de camarones.

Nuestro turno estaba previsto para las cuatro de la tarde. Uno de los chicos dijo que yo sería el encargado de conservar los tickets, a fin de cuentas era el único que no me bañaba en la piscina. Dentro de mis bolsillos iban a estar seguros.

Ellos se fueron corriendo al agua.

Yo me mantuve junto a mi cámara fotográfica, mi jarra de cerveza y el plato de papas fritas que la camarera había puesto sobre la mesa.

Fijé la vista y apreté el obturador.

Capté el momento justo en que los pies de los chicos se separaban del suelo para caer, luego, en un chapoteo infantil, dentro de la piscina.

A la hora de almuerzo la única que pidió enchilado de camarones fue Claudia, los demás decidimos probar la carne de iguana y el jugo de tamarindo, platos exóticos que solo se ven en el Fin del Mundo.

Como faltaban aproximadamente tres horas para nuestro turno, decidimos dar una vuelta por los alrededores, o sea, tomar fotos.

La lancha que nos llevaba hasta el borde del Universo tenía espacio para diez pasajeros. Junto a nosotros montaron dos señoras vestidas exactamente igual, un niño disfrazado de Spiderman, dos turistas suecos y el hombre de la barra que, entusiasmado, me saludó en árabe y se desilusionó un poco al ver que yo no sabía cómo responderle.

La laguna era inmensa. El viaje duraba aproximadamente dos horas. Me entretuve tomándole fotos a unos pequeños cayos que se distribuían cual señales de tránsito sobre el agua. De vez en cuando veíamos algunos pájaros que nadie sabía identificar, eran algo así como alcatraces blancos o gaviotas inmensas, sin dudas bichos que solo podrían vivir en el Fin del Mundo.

El conductor se mantuvo en silencio.

El hombre intentó hablarme nuevamente en inglés, italiano y alemán. Claudia le dijo que además de árabe, yo sabía hablar portugués y español. El hombre respiró aliviado, a pesar de que no dominaba ninguno de los tres idiomas. A Claudia le hablaba en inglés y ella le contestaba en alemán. Durante todo el recorrido hablaron de temas difusos, algo sobre catalejos, estrellas y enchilados de camarones.

Los chicos se divertían, las dos mujeres miraban la superficie del agua y el niño ensayaba poses de Spiderman,

amenazaba con lanzarse por el borde del Universo para probar la calidad de su tela de araña.

De todos fui yo quien primero vio el muro. Los demás estaban entretenidos. Pero no dije nada, a fin de cuentas no era algo tan importante.

A los pocos segundos uno de los chicos gritó:

—¿Qué es aquello?

Respondí:

—El borde del Universo.

Un muro de concreto de nueve metros de alto se levantaba dándole fin al lago. El conductor detuvo la lancha y la amarró a un postigo de hierro. Subimos por unas estrechas escaleras hasta llegar a los catalejos. Tomé el «TRES», tal y como el hombre me había recomendado.

El sol caía con lentitud lanzando tonalidades rojas y amarillas sobre el muro. Era un espectáculo magnífico, en eso tenía razón.

Tomé varias fotos. Luego miré por el orificio. Del otro lado no había nada. Era el Fin del Mundo. Por eso no había nada.

El niño se tiró. Veinte metros abajo lanzó su tela de araña. La calidad del pegamento era increíble.

Regresamos en silencio.

Intuí que los chicos aún no estaban del todo complacidos, querrían volver al día siguiente, de ser posible en el turno de la tarde. Me pedirían que conservara los tickets en mis bolsillos. Yo les tomaría fotos a los patos, a las muchachas sobre las tumbonas y al atardecer.

ZAPPING

Claudia no duerme, permanece despierta y desnuda al centro de la habitación. Camina descalza sobre las frías baldosas. Toma un paquete de puntillas y clava fresas en la pared.

El jugo de las fresas, como hilos de sangre, corre hasta el suelo. Ella se detiene, da unos pasos hacia atrás y contempla su obra, o parece que contempla su obra, al menos se lleva los dedos a la barbilla y sonríe.

Yo la veo hacer desde la sala, la miro a ratos, a ratos miro el televisor.

Del otro lado de la pantalla aterrizan los helicópteros, levantan cortinas de arena blanca, el mar está encrespado. Robert Duvall no espera a que el aparato se estabilice, cae al suelo, trae la cara cubierta de fango y sus ojos destilan tristeza; como los ojos de la joven asiática que acaba de sufrir un accidente automovilístico en la Quinta Avenida.

Son las tres de la madrugada, justo las tres de la madrugada.

La joven conduce su moto a toda velocidad. La niebla cae lenta como un manto blanco y espeso.

Un auto se detiene en medio de la calle: las puertas abiertas, los focos apagados, la cabeza rapada de un mulato que sobrepasa los límites del asiento.

El golpe es inevitable. La joven trata de resucitar al hombre, lo toma por los hombros, lo zarandea, le habla en japonés, le dice: «Respira, coño, respira», o al menos algo parecido a como se diría en japonés: «Respira, coño, respira».

Llegan los paramédicos, los policías y los perros.

Los paramédicos cargan al mulato en una camilla.

Los policías se llevan a la joven.

Los perros ladran inconteniblemente.

Claudia camina hasta la cocina, abre el refrigerador y toma una fuente de cristal llena de fresas. La lleva hasta el cuarto. Forma hileras de sangre en la pared.

Robert Duvall dispara contra los vietnamitas que se esconden tras los árboles, bajo el río, entre los sembrados de arroz.

Robert Duvall no escatima, tiene una cinta repleta de balas y una rabia de espanto; una rabia como la de la mujer que descubre a su marido en la suite del Hotel Rex, con una rubia oxigenada, que baila alrededor de los balaustres de la cama de madera pulida, al estilo Luis XIV, que adquirió el dueño del hotel en una subasta en Boston por el irrisorio precio de trescientos dólares.

Son las cuatro de la madrugada, justo las cuatro de la madrugada.

La mujer empuña un revólver. Le apunta a su esposo, a la rubia, al camarero que trae una botella de champaña, dos copas de cristal, un cubito con hielo y unas aceitunas en aceite.

La mujer grita: «¡Desgraciado, hijo de puta!», pega el cañón a la sien de su marido.

La rubia no deja de llorar.

El camarero abandona su carrito de Servicio a la Habitación y baja las escaleras pidiendo auxilio.

Luego es el disparo, un sonido que detiene el tiempo y enfría la sangre.

Oigo el claveteo de puntillas en el cuarto. Un vecino abre la ventana, pide que lo dejen dormir en paz, como le pide Brad Pitt a Tom Cruise antes de la mordida, o quizás después de la mordida, la escena no queda clara, quiero comentarla con Claudia, ella sabe mucho de vampiros, de hombres lobos y de pedofilia, pero no me oye, no presta atención.

Brad Pitt y Antonio Banderas están por besarse, al menos tienen muy juntos los labios, se miran de frente y de cerca, como mira Jack Torrance a su mujer en el Overlook mientras afuera arrecia la nieve, como mira el psicópata que descuartizó a su tercera víctima, el pasado viernes en un callejón cerca de la calle Steiner 47, en Arizona.

Son las cinco de la madrugada, justo las cinco de la madrugada.

Un vagabundo encontró la pierna de la mujer mientras buscaba restos de pizza en el contenedor del callejón. Los perros dieron con la otra pierna cerca del río y con la cabeza bajo el puente, atascada entre una piedra y un tronco de madera. Pero los brazos no aparecieron, los brazos nunca aparecen.

Un vecino de la calle Steiner 47 afirma que el psicópata debe tenerlos congelados en algún lugar, para luego comérselos, que los psicópatas son así, como lobos hambrientos; la mujer del vecino dice que ella no sale a la calle de noche, quiere mudarse a Ohio; el hermano de la mujer del vecino propone que hagan una redada en todos los refrigeradores del estado, en los frigoríficos y los minibares.

Claudia camina hasta la sala, tiene líneas de jugo de fresas en el rostro y en los senos, dice que se le han acabado las puntillas. Le digo que busque en el sótano.

Al rato regresa.

—Ya no quedan, necesito más, no me dejes a medias.

—El mercado no abre hasta las ocho —explico.

Ella regresa al cuarto.

Brad Pitt está parado en la cornisa del edificio, como ese hombre sobre el Hornar Tuff de Los Ángeles.

Son las seis de la mañana, justo las seis de la mañana.

El hombre ha decidido lanzarse. Ha tomado una determinación. La calle está repleta de gente. Un policía habla por el altavoz. Un cura ha subido hasta la azotea, le dice que Dios no acepta a los suicidas. El hombre le grita: «¡Váyase al carajo, cura de mierda!»

Las cadenas de televisión transmiten las imágenes de cerca a través de una cámara diminuta que le han colocado al cura en su crucifijo plateado, justo en la frente de Cristo, entre la corona de espinas y los párpados.

El hombre dice que lo han despedido después de veinte años de servicio. Que su vida es una mierda, una reverenda mierda.

—Es la crisis, hijo mío, si bajas de ahí el Señor sabrá darte una segunda oportunidad.

Pero Dios no se da cuenta, o al menos hace como que no se da cuenta, y el hombre cae.

Claudia no siente deseos de templar, hace días que no siente deseos de templar. Sin dudas debe estar deprimida, muy deprimida, como Tom Cruise cuando piensa que Brad Pitt ha muerto, o como Frodo cuando despierta en medio de la noche preguntándose qué diablos hace tan lejos de casa con un anillo barato colgado del cuello, un gordo estúpido que lo obedece y un bicho raro que lo sigue a todas partes; tan deprimida como esos chicos que entraron a la farmacia a robar pastillas empuñando un rifle de caza y una granada de plástico.

Son las siete de la mañana, justo las siete de la mañana.

La idea básica era robar algunos antidepresivos, algunas pastillas que al mezclarlas con alcohol les hicieran olvidar la sinfonía constante de la tristeza, los barrotes de mar y el desasosiego.

La idea era sorprender a los dependientes, amenazarlos, gritar: «¡Todos al suelo!».

El dueño de la farmacia era un emigrante polaco, un tipo que casi no sabía hablar inglés y que ayudado por sus hijos enviaba dinero a su mujer y a su madre. Un tipo sin experiencias en asuntos violentos, alguien que detrás de los fármacos se sentía seguro.

El chico que empuñaba el fusil creyó que no era suficiente, había colocado balas de grueso calibre en el cañón doble. Disparó al techo. Se desprendió la lámpara. Se agujerearon las vigas. Cayeron algunos trozos de concreto. El polaco no sabía cómo reaccionar, abrió la gaveta del mostrador, tomó su revólver y le disparó en el pecho.

Todos olvidaron las pastillas. La sangre del chico se mezcló con el polvo que había caído del techo. El polaco se llevó las manos a la cabeza. Sus ojos destilaban tristeza, como los de Robert Duvall, los de la joven asiática, los de mi novia que ha dejado de clavar puntillas y, exhausta, se sienta en un rincón del cuarto, desnuda, manchada de rojo.

Apago el televisor, dejo el mando a distancia sobre el sofá, tomo la billetera y bajo al mercado.

Son las ocho de la mañana, apenas las ocho de la mañana.

Han muerto cinco personas y medio centenar de fresas cuelgan de las paredes de mi habitación.

A VUELTA DE CORREO

El apartamento era tal y como lo imaginaba, pequeño, oscuro, carente de personalidad. Por doscientos al mes no podía esperar otra cosa. A Mildre la desilusión se le salía por los ojos, me dijo que en México hubiéramos estado mejor, pero yo de México, de sus padres y sus perros, no quería saber.

Ella recorrió las habitaciones, encendió las luces. Yo me asomé al balcón, desde un cuarto piso la vista no era alentadora, los altos edificios de la calle del frente nos recortaban el horizonte.

Esa primera noche tiramos un colchón en el suelo de la sala y dormimos entre las cajas sin abrir. Aunque Mildre las había marcado, no sabíamos por dónde empezar.

Con el paso de los días y en el poco tiempo libre que me brindaba mi trabajo de contador en la empresa eléctrica, pude reparar las ventanas, pintar las paredes de un verde pálido, el techo de un blanco marfil y las barandas de metal de un rojo antioxidante.

Colgé cortinas en la sala, cazuelas en los estantes y en el dormitorio una reproducción de Goya que un amigo de la empresa me había regalado como obsequio de bienvenida.

A Mildre, realmente, el cuadro de Goya nunca le gustó, se titulaba *Asalto de ladrones*, y le daba mala espina, creía que colgar un cuadro como ese era incitar al diablo, convocar la mala suerte, le quitaba incluso los deseos de hacer el amor.

—Ese hombre con el fusil en las piernas me intimida, y esos pobres tipos, tirados en el suelo, cubiertos de sangre. ¿No te pudieron haber regalado un cuadro normal, como *Perros en trailla*?

Yo no soportaba a los perros, ni aunque fueran pintados por Goya. Una semana después sustituí el cuadro por la ampliación de una foto de *La gran pirámide de Cholula*, tomada, supuestamente, desde un globo aerostático.

El apartamento, poco a poco, comenzó a tomar personalidad. En la empresa eléctrica pasé de contador a jefe de turno, y de jefe de turno a subdirector de Recursos Humanos. Mildre consiguió trabajo en una tienda para mascotas, se encargaba de los suministros y se le daba bien todo el asunto de firmar contratos con empresas proveedoras, importar productos, reducir gastos, multiplicar ganancias.

Nuestra situación económica iba en ascenso: compramos un juego de muebles, un televisor, un microondas y una pequeña nevera. Colgamos en la pared de la sala una reproducción de Goya que nos gustara a ambos y preparamos una cena especial para invitar a una pareja de amigos que habíamos conocido en el Parque Central mientras le dábamos de comer a los patos.

Mi mujer preparó asado de cordero, ellos trajeron vino tinto y pastel de arándanos. Conversamos sobre los preparativos para las fiestas de Navidad, el árbol inmenso que colgarían en la Catedral de San Agnes, la nueva línea de productos para limpieza que anunciaban por la televisión, algunos retazos de la niñez en Chile, de

donde eran nuestros invitados, y alguna que otra alusión a Ciudad de México.

Cerca de la medianoche se marcharon. Mildre me dijo que tenía unos deseos enormes de hacer el amor, y corrimos las sábanas, bajo la majestuosa mirada de *La gran pirámide de Cholula*.

Hablamos de ahorrar un poco de dinero para mudarnos a una casa con portal, jardín y mecedoras, comprar un auto decente, formar una familia; y todo lo hubiéramos conseguido si no llega a ser por esas cartas, esas cartas que erróneamente comenzaron a llegar a nuestra dirección.

Recibimos la primera un día antes de Navidad. Yo había reservado vacaciones, gastaba la mañana retocando las paredes laterales del balcón, donde habían surgido pequeñas manchas de humedad, producto de algunas lluvias que nos habían castigado durante varias noches. Mildre había prometido regresar a mediodía, en cuanto despachara algunos collares para gatos que habían pedido desde una clínica veterinaria en Milwaukee.

Desde la calle el cartero llamó a un tal Thomas Mappel, gritó el nombre, el número de mi apartamento. Bajé las escaleras, me entregó la carta. Revisé las palabras en el destinatario, le dije que precisamente esa era mi dirección, pero en mi apartamento no vivía nadie con ese nombre.

El cartero, marcadamente enfadado, me dijo que eso no era de su incumbencia, su trabajo solo consistía en entregar las cartas y que, por favor, recogiera toda la correspondencia que tenía en el buzón, estaba atiborrado y no había espacio para un sobre más.

Al buzón me habían llegado la cuenta del gas, la del teléfono y la electricidad, cuatro *plaquettes*: uno de máquinas podadoras, otro de leche descremada, un tercero de televisión por cable y un último de películas restauradas

de Fritz Lang; pero lo que trancaba la apertura metálica era una revista de *Animal Planet* que recibía Mildre como plus de su plaza en la tienda para mascotas.

La primera idea fue llamar al portero y preguntarle si acaso en mi apartamento vivió alguien que se llamara Thomas Mappel. El tipo me pidió que pasara al despacho, o a lo que él entendía como despacho. Abrió un gavetero metálico que me recordó, ligeramente, a las oficinas militares alemanas, en las películas sobre la Segunda Guerra Mundial.

Buscó entre los archivos, sacó una carpeta, pude entrever en las páginas una foto mía, otra de Mildre y la de una señora mayor que, según las anotaciones, había muerto dos años atrás.

—¿La mujer vivía sola? —pregunté.

El portero miró nuevamente la carpeta.

—Sola —respondió—. Tenía un sobrino, Martin, se llama, vive en Longwood, Hunts Point #45.

—¿No hay rastros de este Thomas? —le mostré la carta.

—Aquí nunca ha vivido ningún Thomas.

—¿Hace cuánto que trabaja en la portería? —le pregunté.

—Quince años. Ahora, si me permite —cerró la carpeta y la guardó en el archivo—, tengo otras cosas que hacer.

Subí de regreso al apartamento. Creí que sería prudente preparar algo de comer, esperar a Mildre e ir juntos a la dirección del tal Martin, la idea de poseer una carta ajena no me entusiasmaba.

Mi mujer colgó las llaves tras la puerta, soltó el bolso en el sofá, los zapatos a medio camino entre la sala y el baño. Me preguntó si las manchas habían salido, dijo que despachar los collares para gatos fue más complicado de lo que imaginaba.

—El intendente de la clínica quería el cincuenta por ciento de color azul y el otro cincuenta por ciento de color rosa. En el almacén solo había verdes y rojos. Tuve que convencerlo, darle una charla de estética, al final firmó el contrato. ¿Has preparado algo?

Caminó hasta la cocina. Yo estaba entre la ensalada de espárragos, el puré de papas con mantequilla y los huevos duros.

—Ha llegado una carta.

—¿Para mí? ¿De México? ¿De mis padres?

—No trae la dirección del remitente. Es para un tal Thomas Mappel. Está en la mesita de la sala.

Mildre fue hasta la sala, tomó la carta y regresó con ella a la cocina.

—Es de una tal Claudia Schiffer, para un tal Thomas Mappel que vive aquí.

—Sí. Hablé con el portero. No conoce a nadie con ese nombre. Me dio una dirección en Longwood. Podemos ir en la tarde.

—Ya de paso vamos al súper, quiero comprarle unas esferas doradas al árbol de Navidad —y miró a una esquina de la sala, donde parpadeaban las luces, creando destellos blancos sobre la pared.

Mi mujer estaba de buen ánimo, puso la radio, sintonizó una emisora donde transmitían las canciones más populares del año, me dijo que el puré de papas con mantequilla me había quedado estupendo y que los espárragos le venían muy bien para su nuevo plan macrobiótico; yo no se lo creí del todo, no soy bueno en la cocina y nunca entiendo cómo es que se cocen los espárragos al vapor.

Creí que Mildre estaba bajo los influjos del espíritu navideño, del ambiente de júbilo que se respiraba en la ciudad y eso le hacía bien, le hacía lucir mucho más bella.

Mientras llevábamos los platos sucios hacia el fregadero, sonó el teléfono, nuestra pareja de amigos querían establecer las principales pautas de la celebración: nos invitaron a cenar esa noche y nos aseguraron que no existe mejor sitio para esperar el Año Nuevo que en el Washintong Square Park.

Mildre prometió hacer para la cena un postre típico mexicano. Después de colgar el teléfono, me dijo que justo en la calle Hunts Point, donde vive ese tal Martin, hay un restaurante de comida mexicana donde preparan los mejores Borrachitos de la ciudad.

Con la esferas doradas en una mano y la caja de Borrachitos en la otra, le pedí al conductor del taxi que nos esperara, solo tardaríamos un minuto. El número 45 de la calle Hunts Point era un edificio de tres plantas. De la puerta principal colgaba una guirnalda de Navidad; a un lado, sobre la superficie de ladrillos rojos, estaban alineados tres timbres, uno para cada planta y, junto al timbre, el nombre del dueño de cada uno de los apartamentos. Ninguno era el tal Martin.

Mildre abrió su cartera y extrajo la carta. Presionó el primer timbre y al rato abrió una señora de unos sesenta años, que llevaba como broche de la blusa una guirnalda parecida a la que colgaba en la puerta.

Nos confundió, primero, con dos acólitos de la iglesia a la que asistía, y que vendrían justo esa tarde a ofrecerle una charla sobre el verdadero significado de la Navidad, quiso que pasáramos a la sala, dijo que nos prepararía un té o una taza de chocolate caliente; luego nos confundió con unos vendedores de antidepressivos que habían asolado toda la manzana y finalmente nos preguntó si queríamos alquilar un apartamento.

Traté de explicarle, de la forma más clara posible, las razones por las cuales habíamos tocado a su puerta. La mujer se disculpó, o hizo algo parecido a disculparse,

dijo que ella conocía a todos los inquilinos del edificio y que ese tal Martin se había marchado a Denver seis meses atrás, para reunirse con un primo, que al parecer había montado un negocio de venta de neumáticos, y que su apartamento ahora lo ocupaba un chico de Texas que pasaba unos cursos de Administración de Empresas.

—¿Tiene la nueva dirección de Martin? —le pregunté.

La mujer hizo un gesto negativo con la cabeza y me aseguró que el hombre era reservado, apenas hablaba cuando coincidían en la escalera o en la fila del mercado.

—¿Tiene su número de teléfono?

La mujer volvió a negar.

—¿Sabe si recibía la visita de un tal Thomas Mappel o una tal Claudia Schiffer? —preguntó Mildre.

La mujer repitió que era un tipo muy reservado, que apenas habían hablado un par de veces. Quiso invitarnos nuevamente a un té, o a una taza de chocolate caliente, pero le explicamos que el taxi nos estaba esperando. Le dimos las gracias. Mildre guardó la carta y regresamos al auto.

Nuestros amigos prepararon una cena de lujo a base de pescado, pan de maíz y vegetales. Nos mostraron algunas fotos que se habían tomado en el Madison Square Garden y las postales de invierno que les enviaron unos parientes desde Chile.

Su apartamento era parecido al nuestro, pero mucho más arreglado, sin dudas con una personalidad distinta.

Mildre les habló, durante un rato, de todos los esfuerzos que debió hacer para importar, desde Atlanta, unas cuerdas de primera línea para pasear a los perros, y de cómo el pan de maíz le recordaba los desayunos de los domingos en Ciudad de México, cuando era niña y sus padres la complacían en todo, o en casi todo.

Yo no podía sacarme de la cabeza el asunto de la carta y la posible historia escondida tras las palabras de Claudia a Thomas. Nuestros amigos notaron mi falta de atención, les conté del asunto y me aconsejaron que debería ir hasta la oficina de correos, devolver el sobre y olvidarme de la cuestión.

Coincidieron con Mildre y conmigo en que no existe nada peor que poseer una carta ajena, un trazo de historia que no nos pertenece.

Nuestros amigos propusieron un brindis final con lo último que quedaba en la botella. Concertamos vernos la tarde siguiente y salimos para atrapar un taxi.

Mildre colgó las llaves tras la puerta, soltó la cartera en el sofá, los zapatos a medio camino entre la sala y el baño, dijo que estaba exhausta.

Luego fue el sonido de la ducha, las luces parpadeantes, mi manía de revisar el cierre de puertas y ventanas.

Fui hasta el refrigerador por un vaso de agua. Comprobé que nos quedara leche suficiente para el desayuno, bajé la tocineta del congelador para uno de los espacios intermedios y conté los huevos. Solo entonces fui hasta el cuarto para cambiarme de ropa. A mi mujer siempre se le olvidan determinados detalles que resguardan el equilibrio, aseguran la placidez.

Mildre salió del baño forrada de pies a cabeza, se había vestido con el pijama que le envió su madre desde México, las pantuflas con ojitos de cachorro que le obsequiaron en la tienda de productos para mascotas y una rejilla en el pelo que la resguardaba cada noche de los nudos y las pesadillas. Dijo que estaba cansada, tenía sueño, estaba exhausta.

Apagué la luz del cuarto, le acaricié el rostro o hice algo parecido a acariciarle el rostro y me fui a la sala. Encendí la lamparita sobre la mesa, tomé la carta, la miré

por un lado, luego por el otro, era delgada, la coloqué delante de la luz, se veían los bordes de una hoja de papel y de un pequeño rectángulo más grueso, como si trajera dentro una postal de colección.

Recordé las postales que guardaba mi padre en su mesita de noche, cada una estaba dedicada a un pelotero. Mi padre se jactaba de tener en sus postales a toda la selección nacional. Se reunía cada sábado con sus amigos, tomaban ron, miraban las postales, gastaban la tarde bajo la sombra de la mata de tamarindos en el patio. Yo los veía hacer desde mi cuarto, juraba que no quería vivir como mi padre, que en cuanto tuviera la primera oportunidad me iría del triste pueblo de Santa Teresa.

Dejé la carta a un lado. Tomé la revista de *Animal Planet*, en la página del centro había una foto increíble de un tigre de bengala. Traté de concentrarme en un artículo sobre la rara capacidad que tienen las medusas de brillar en la noche; pero cada tres líneas regresaba a la carta, a los trazos de la historia escondida, no pude sacarme el asunto de la cabeza ni con el reportaje sobre la etapa reproductiva de los cocodrilos, las potencialidades nutritivas de las algas que crecen en las costas del mar Caribe, o los estudios que realizan unos científicos suecos a unas extrañas aves de las Islas del Pacífico, unas extrañas aves que han perdido la capacidad de volar.

Incluso me acerqué al árbol, sopesé el peso en las cajas de los regalos, traté de adivinar qué me había comprado Mildre esa vez; pero allí estaba la carta, sobre la mesa...

Caminé hasta la cocina, tomé un cuchillo y con sumo cuidado comencé a despegar los bordes.

La letra de Claudia era pequeña, preciosa, bien cuidada. Pude sacar en claro que vivía en la Argentina, trabajaba en el café del número catorce de la Avenida Corrientes y tuvo una relación con Thomas, cuando él viajó

a Suramérica por un asunto de trabajo e hizo estancia en casi todos los países del Cono Sur. El hombre prometió escribirle desde New York, invitarla para navidades, tomarle fotos en el Madison Square Garden, le dio una falsa dirección y una esperanza infundada.

La postal traía una imagen del volcán Monte Pissis. La chica aseguraba que si algo le gustaba, eran los volcanes; si algo tenía la Argentina eran volcanes. Al final de la carta le pedía al tal Thomas que le escribiera, le lanzaba como anzuelos un par de recuerdos, algo relacionado con un paseo marítimo, unos besos bajo la farola, un despertar de sol con bordes metálicos, tostadas con mantequilla y huevos revueltos con aceite de ternera.

En la parte posterior de la postal la muchacha había escrito: «Un lugar al que te llevaré cuando regreses».

Guardé la carta en mi mesita de noche y traté en vano de dormir. La vigilia me atrapó tratando de reconstruir la historia con tan solo las líneas diluidas en las palabras de Claudia.

Solo pensé en la idea de responderle, al filo del mediodía, cuando llegaron nuestros amigos y comenzamos a abrir los regalos. El papel plateado de las cajas le añadía intensidad a las luces del árbol. La esquina de la sala centelleaba. Nuestros amigos irradiaban entusiasmo. Yo pensaba en Claudia, en Thomas, y Mildre aseguraba adorarme:

—Justo lo que quería. —Mostró el obsequio como quien levanta un trofeo— Estos son los pendientes más lindos del mundo.

A mí me correspondió una corbata negra, adornada con minúsculos copos de nieve; a nuestros amigos, unas bufandas y al árbol, tres esferas doradas, tres esferas preciosas.

Abrimos la botella de champagne, la caja de bombones y la puerta del balcón: en uno de los

apartamentos del edificio de enfrente habían colgado un Papá Noel inflable que se mecía con el viento y era el motivo de alegría de todos los niños del barrio, que desde las persianas de los apartamentos colindantes intentaban asirlo, unos hacia la derecha, otros hacia la izquierda.

—Me encantan los días de Navidad —dijo Mildre mientras se probaba los pendientes.

Nuestros amigos hablaron un rato sobre los motivos para la felicidad en la temporada de invierno, establecieron más de una teoría sobre las razones del rendimiento corporal cuando hace frío, en comparación con el cansancio acumulativo cuando hace calor.

Yo recordé, o creo haber recordado, las mañanas soleadas en el triste pueblo de Santa Teresa, el sopor de las tardes vacías, el sonido de las mecedoras en el portal y los suspiros de mi abuela cuando intuía el inevitable arribo de la noche.

Creí entonces que mis palabras debían ser prudentes y medidas. Claudia no podía descubrir que yo era un impostor y, mucho menos, que el tal Thomas Mappel la había dejado tirada, como se tira una lata de cerveza, un certificado médico o un disfraz de Halloween pasado de moda. Decidí hablarle del clima, del júbilo que se apodera de todos cuando llegan los días de Navidad, el sentimiento de esperanza y amparo que provoca una nevada tibia y mesurada, y de los puentes. Si algo me gusta son los puentes, si algo hay en los Estados Unidos son puentes.

Con el pretexto de bajar por una botella de vino y un paquete de frutos secos, fui hasta la tienda de souvenir y compré una colección de postales con temas arquitectónicos. Decidí adjuntarle a la primera carta una imagen del puente sobre la Bahía Chesapeake en el estado de Virginia. Escribí en la parte trasera: «Un lugar al que te llevaré». Redacté la carta. Con el pretexto de acompañar a

nuestros amigos hasta la puerta del edificio la coloqué en el buzón de envíos y regresé al apartamento dispuesto a encender la calefacción, afuera había comenzado a nevar.

Durante los primeros días del año revisé el buzón de modo compulsivo, en principio solo encontraba folletines de publicidad, postales navideñas y la maldita revista de *Animal Planet* con su número dedicado a las especies de la Antártida y las características anatómicas que les permiten soportar el frío; hasta que el quince de enero encontré una segunda carta de Claudia.

Como en la anterior su letra era pequeña, preciosa, un poco descuidada, cual si hubiera escrito muy rápido, afectada por un raptó de emoción. Sus palabras iban desde el entusiasmo hacia el rencor, me reñía un poco por haber tardado en escribirle, le fascinaba mi matiz romántico al no enviarle la carta a su casa, sino al café: el sitio donde nos habíamos conocido. Recordó otras escenas memorables de nuestra relación: un capuchino con un corazón dibujado en virutas de chocolate, un billete de cinco con un número de teléfono y un disco interminable de Bod Dylan dando vueltas en el estéreo.

El sobre traía además una postal de colección con la imagen del volcán Incahuasi, en la parte posterior las mismas palabras: «Un lugar al que te llevaré cuando regreses» y una foto de ella, con la bandeja metálica en las manos, el delantal blanco sobre el vestido rojo, sonriendo junto a las mesas del café.

Entre los volcanes de la provincia de Córdoba y los puentes norteamericanos, transcurrieron los primeros meses del año. Yo me había dejado crecer la barba y el pelo para adaptarme a la foto que me había enviado Claudia del tal Thomas Mappel, sostenía un perfil bajo en el departamento de Recursos Humanos de la empresa eléctrica, nuestros amigos se habían marchado por una temporada a Barcelona, tras la muerte de un ser querido

y, un poco más tarde de lo habitual, Claudia llegó a casa con la noticia de que le habían propuesto la dirección de una compañía distribuidora de comida para animales que operaba en cuatro continentes.

En el camino había comprado una botella de champagne y dos bolsas de comida china. Como fichas de un tablero distribuyó los pormenores sobre la mesa, haciendo énfasis en el más drástico. Debíamos mudarnos a Los Ángeles, donde residía la oficina central.

La idea me resultó nefasta.

—¿Qué tiene de malo tu trabajo, nuestra vida en New York, nuestro apartamento? —le pregunté mientras echaba a un lado la bolsa de comida y la copa de champagne.

Ella habló de prosperidad, crecimiento, superación y sobretodo de dinero, de mucho dinero.

—¿Y mi trabajo en la empresa eléctrica?

—Los contadores hacen falta en todas partes. Incluso puedo conseguirte un trabajo en la compañía, a fin de cuentas voy a ser la directora —y sonrió como solo Mildre sabe sonreír cuando pretende que le dé la razón, que la complazca o que acate sus decisiones.

Discutimos hasta pasada la medianoche. Ella se fue a dormir, yo me quedé en la sala pensando en la carta que de modo urgente le debería escribir a Claudia.

¿Cómo hablarle de la mudanza, qué ardid usar para que no descubriera, en medio de tanto lío, las fisuras de mi personaje?

Mildre me pidió que nos fuéramos unos días a México, quería ver a sus padres antes de cambiar de ciudad.

—Incluso podemos ir un día a Santa Teresa. ¿No te gustaría visitar el pueblo?

—No lo soportaría —le dije—. Mejor me quedo acá, me pongo en contacto con la compañía de mudanzas,

comienzo a empacar, me despido de mis compañeros, hablo con el portero del edificio, cierro las cuentas, adelanto todo ese rollo.

—¿Estás seguro? —me preguntó.

—Seguro.

Y cuando finalmente pidió un taxi hacia el aeropuerto y bajó las escaleras; hice las maletas, retoqué mi barba frente al espejo y reservé un boleto solo de ida, en el primer vuelo hacia Buenos Aires.

Recorrí la calle despacio hasta dar con el número catorce. El café era pequeño, tenía en el portal un toldo de rayas rojas y blancas y algunas mesas metálicas. Hablé con el dependiente, me dijo que la tal Claudia Schiffer se había ido a Madrid sobre el mes de noviembre.

—¿Cómo es posible? —le pregunté— ¿Este es el número catorce?

El hombre asintió.

—¿Qué desea ordenar?

Al rato una chica trajo el pedido, junto a la taza de café me colocó una postal con la imagen del puente del pantano Manchac, en el estado de Louisiana.

—Mi nombre real es Anna —dijo.

—Yo soy...

—Thomas Mappel —interrumpió ella—. Mi turno termina a las seis. Nos vemos en el paseo marítimo...

—Mejor nos vemos acá —le dije.

—¿No recuerdas dónde queda el paseo marítimo?

Negué con un gesto de la cabeza.

Ella sonrió y se fue adentro.

Salí a la Avenida Corrientes, el viento comenzó a mover los bordes del toldo a rayas, me guardé las manos en los bolsillos del pantalón, caminé calle arriba, el hotel quedaba cerca; la tristeza, lejos.

QUINIENTAS FORMAS DE MORIR

Desde el televisor llegaba la voz de un tipo claramente excitado. Transmitían un documental sobre la pesca de cocodrilos al sur de la Florida. Hasta el momento no sabía que allí hubiera cocodrilos y muchos menos tipos dispuestos a pescarlos.

Claudia me pidió que le preparara un té de manzanilla. Dijo que tenía deseos de morir y creí que no existía nada mejor para espantar los deseos de morir que un té de manzanilla. Fui hasta la cocina, coloqué la tetera sobre el fogón y registré toda la alacena en busca de una bolsa de té.

Como sucede casi siempre que reviso la alacena, encontré algunas cosas que creía perdidas o que no recordaba haberlas comprado. Le pregunté a Claudia si aún conservaba la lista de la compra, pero ella no hizo otra cosa que recordarme las ganas que tenía de morir.

Bajé la tetera del fogón, eché el agua caliente en una jarra de porcelana, le sumergí dentro la bolsa de té y le dije que estaría listo en un par de minutos; mientras tanto el tipo había atrapado un cocodrilo, le medía la cola, la cabeza y aseguraba nunca antes haber visto un espécimen tan grande.

Coloqué sobre la mesa una bolsa de leche en polvo, dos paquetes de galletas, cuatro latas de sardinas y una botella de ginebra. Me resultó extraño que yo hubiera comprado todo aquello: prefiero la leche diluida a la leche en polvo, las galletas me dan acidez, no soporto las sardinas y llevo casi cuatro meses sobrio.

Claudia se acercó a la cocina. Me preguntó si ya había endulzado el té.

—¿Qué sabes de esto? —le dije señalando los productos sobre la mesa.

Ella se cruzó de hombros, tomó el pomo de la miel, vertió un pequeño chorro dentro de la taza y comenzó a revolver con parsimonia, desgano e inseguridad.

—¿Cuándo fue la última vez que salimos de compra?

—Mi hermano nos trajo algunas cosas —dijo ella en voz baja, como quien rescata un recuerdo perdido.

«Claro», pensé, «solo su hermano es capaz de comprar tanta porquería».

Claudia dejó la cuchara sobre el fregadero, agarró la taza con ambas manos y soplando la superficie del agua se fue hacia el cuarto.

Me quedé unos segundos junto a la mesa sopesando si debía echar los artículos a la basura o devolverlos a la alacena.

Desde la sala el tipo no hacía otra cosa que reír; al parecer, atrapar cocodrilos le resultaba divertido.

Creí, entonces, que para otorgarle un poco más de sentido a mi vida, y quizás también a la de Claudia, debía inventarme un *hobbie*, una pasión que ambos pudiéramos compartir. A muchas personas les gusta patinar, salir de excursión, hacer picnic a la orilla de un río, montar en bote, lanzarse en paracaídas; hay quienes coleccionan sellos, postales o rinocerontes en miniatura.

Hice un listado mental de las aficiones que podrían motivar a Claudia y fui hasta el cuarto con una propuesta sólida, pasatiempos que, creí, serían inquebrantables. Sin embargo ella rechazó mis planes, uno por uno. Dijo que no le interesaba la pastelería, la escultura en barro ni los museos temáticos, afirmó que no soportaba el tejido maya, los discos de *jazz*, las revistas soviéticas ni las plantas ornamentales, refutó mis ideas sobre fundar una organización en contra de la tala de los bosques, la democratización del arte, las redes de espionaje político, la violación de la privacidad informática o las editoriales que insisten en traducir las novelas de Murakami al español. Solo aseguró que tenía unos deseos enormes de morir y decidí que una taza de té de manzanilla no sería suficiente.

El sur de la Florida se ha convertido en uno de los principales sitios donde se reproducen los cocodrilos por esta época del año, o al menos eso fue lo que dijo el tipo de la televisión. Mostró ante la cámara una hoja de papel donde había apuntado todos sus logros en el arte de la pesca. Con tinta roja señaló las situaciones más peligrosas, aquellas en las que estuvo de cara a la muerte.

Creí que la idea era excelente, no existe pasatiempo mejor que el de construir listas. Recuerdo que de niño construía listas de todo, o de casi todo: enlistaba los colores, los pájaros, los insectos, los nombres de todas las personas que conocía, las nubes, los dinosaurios, los ríos y los superhéroes. Con el tiempo fui perdiendo la costumbre. Mis listas se trocaron por apuntes de estudio, agendas de teléfonos y productos a comprar en el supermercado.

Fui hasta el escritorio, tomé un cuaderno sin estrenar, le quité la envoltura plástica, agarré un lapicero y ya en el cuarto le aseguré a Claudia que no existe mejor modo de sacudirse de encima los deseos de morir que construyendo listas.

Ella movió ligeramente los hombros. Luego me señaló la taza vacía. La llevé hasta el fregadero, regresé al cuarto y le pedí que me hiciera un espacio en la cama.

—Hagamos un listado —le dije—. La idea consiste en coleccionar la mayor cantidad de elementos posibles. Es probable que al final de este cuaderno ganemos un premio Guinness, o algo que se le parezca.

Ella cruzó los pies sobre la cama, se colocó frente a mí. Pensé que estaba dispuesta a sugerirme algo, pero se quedó en silencio. Tan solo me clavó sus bellísimos ojos negros. Unos ojos negros por los que sería capaz de hacer casi cualquier cosa.

Mi propuesta inicial consistía en anotar el nombre de los emperadores romanos; los presidentes de los Estados Unidos; las capitales de los países del Oriente Medio; los elementos de la tabla periódica; las recetas a base de pollo, cerdo, res, cordero, cangrejo, langostas, pescado y calamar; las películas protagonizadas por Nicole Kidman, Javier Bardem y Penélope Cruz; las canciones de Joan Manuel Serrat y los cuadros en el Museo de Arte Universal.

Su negativa fue total, rotunda y, aun así, desganada.

—¿Quieres que hagamos el amor? —le pregunté. Extendí mi brazo para soltarle el pelo y desabrochar uno por uno los botones de su blusa— Puedo hacerte lo que quieras, lo que más te guste. Puedes pedir por esa boca como si fuera el día de tu cumpleaños.

Pero ella apartó mi mano.

—No tengo deseos de templar —dijo—. Lo único que quiero es morirme.

Se acostó en la cama, se cubrió con la sábana y durante unos minutos me detuve a mirar sus bellísimos ojos negros.

Al rato tocaron a la puerta. Su hermano traía dos bolsas grandes. Me pidió que las llevara hasta la cocina.

—¿Y eso? —preguntó.

—Un tipo que atrapa cocodrilos en el sur de la Florida.

—No sabía que en el sur de la Florida existieran cocodrilos.

—Yo tampoco —le confesé—. Quizás sea una cuestión del cambio climático, esto del derretimiento de los polos, la capa de ozono y los terremotos.

—Quizás —dijo él—, ¿cómo está mi hermana?

—Con deseos de morirse.

—He traído un remedio santo. Jugo de fresa, me dijo un amigo médico que no existe nada mejor para sanar los deseos de morirse que litro y medio de jugo de fresa.

Caminó hasta la cocina, sacó de una de las bolsas el pomo de jugo y lo llevó para el cuarto.

Extraje el resto de los productos y los coloqué en fila sobre la mesa. Creí que podría añadirle a mi cuaderno un listado de las porquerías que compra el hermano de Claudia: salsa mayonesa, pan de maíz, verduras en conserva, espárragos, zanahorias, chuletas de cerdo, refresco instantáneo, harina para hornear y media docena de latas de cerveza.

—Se ha quedado dormida —me dijo luego—. Quizás cuando despierte haya sanado por completo.

Le agradecí el remedio y las compras, aunque estaba seguro de que el té de manzanilla poseía mayores poderes curativos que el jugo de fresa.

El documental sobre cocodrilos le dio paso a otro sobre un grupo de jirafas en cautiverio en la zona norte de California. Hasta el momento no sabía de un grupo de jirafas en cautiverio en la zona norte de California.

Un tipo hablaba de las medidas que se debían tomar para que las jirafas crecieran sanas y fuertes, para que se adaptaran a la presencia de personas y no se echaran a correr cada vez que en chiquillo les tirara una piedra.

Claudia salió del cuarto justo en el momento más interesante del documental, cuando un niño, muy atrevido, por cierto, montaría sobre el cuello de una jirafa. Seguí a mi chica hasta el baño. Ella abrió la tapa del váter y vomitó litro y medio de jugo de fresa. Le sujeté el pelo por encima de la nuca y abrí la llave del lavamanos para que se limpiara el rostro.

—¿Te sientes mejor? —le pregunté.

—No soporto el jugo de fresa.

—¿Quieres ver un documental sobre jirafas?

—No me gustan las jirafas —y regresó a la cama.

La última opción era llamar al hospital. Caminé hasta la sala, agarré el teléfono, pedí una ambulancia. La chica de la oficina de información dijo que la ambulancia solo se usaba para casos graves, me sugirió que machucara un poco de yerbabuena, la rociara con canela y la batiera junto a un huevo crudo y media taza de leche. Me dijo que su tía padecía del mismo mal, tomó ese remedio y nunca más ha sentido deseos de morir.

En la cocina encontré canela, huevos y leche, la yerbabuena no aparecía en ningún sitio. Llamé a las vecinas, la del cuarto A me dijo que le quedaba un poco. Eché todo en la batidora, le añadí miel, algunas migas de coco rallado, lo serví en un vaso alto de cristal, con absorbente y sombrilla; pero Claudia dijo que primero muerta antes que tomarse aquella porquería.

Al borde de la impaciencia le dije que no hay peor enfermo que el que no se quiere curar.

—Harás una lista —le ordené—. Una lista de formas para morir. Luego escogeremos una.

—¿Cuántas debo anotar? —preguntó ella.

—Quinientas, más o menos.

Le extendí el cuaderno y me fui a la sala. El documental sobre jirafas estaba a punto de concluir. De acuerdo a la guía televisiva el siguiente sería sobre una

laguna de hipopótamos en la zona este de Nebraska. Hasta el momento no sabía de una laguna de hipopótamos en la zona este de Nebraska.

El material era aburrido, los animales apenas salían del agua y los comentaristas no parecían entusiasmados. Me quedé dormido sobre el sofá. Cuando desperté eran las tres de la madrugada. Claudia estaba sentada en el butacón. Sobre su regazo descansaba el cuaderno de listas.

—¿Ya has terminado? —le pregunté.

Ella, sin quitar la vista del televisor, me dijo:

—Se me han terminado las hojas. ¿No tienes otro cuaderno?

Fui hasta el escritorio, tomé uno sin estrenar. En el televisor transmitían un documental sobre las islas del Pacífico, hablaban de unos pájaros muy raros que en determinada época del año tienden a suicidarse. Los pobladores, para salvar la especie, atrapan la mayor cantidad posible y los ponen en cautiverio. Construyen unas jaulas bien pequeñas donde las aves apenas puedan moverse. Las alimentan de modo especial, y cuando pasan los meses de peligro, las ponen en libertad.

Le alcancé a mi chica el cuaderno y un nuevo lapicero.

—Se me han ocurrido formas muy divertidas —dijo.

Cerré la puerta de la sala. Guardé la llave en el más alto de los estantes y le pedí que nos fuéramos a dormir.

Este libro se terminó de editar
en la casa de Nueve Editores SAS,
enero del año 2022.

El cuerpo de texto está compuesto en la
fuente *Adobe Caslon*.

Colección Indicios

www.nueveeditores.com



Yonnier Torres Rodríguez

(La Habana, 1981). Sociólogo, poeta y narrador. Entre sus últimos títulos publicados se encuentran los libros de cuentos *Puntos de luz* (Áncoras, 2015), *La estrategia del ciempiés* (Montecallado, 2016), *Torres de marfil* (Primi-genios, 2021); las novelas *Cerrar los puños* (Editorial Gente Nueva, 2015), *Azul pálido* (Ediciones La Luz, 2016) y los poemarios *Dios no me tiene en cuenta* (Editora Abril, 2018) y *Postales de Varadero* (Editorial Jaén, 2019). Cuentos y poemas suyos aparecen publicados en revistas, antologías y selecciones de España, Colombia, Argentina, México, Bolivia, Alemania y Cuba.

